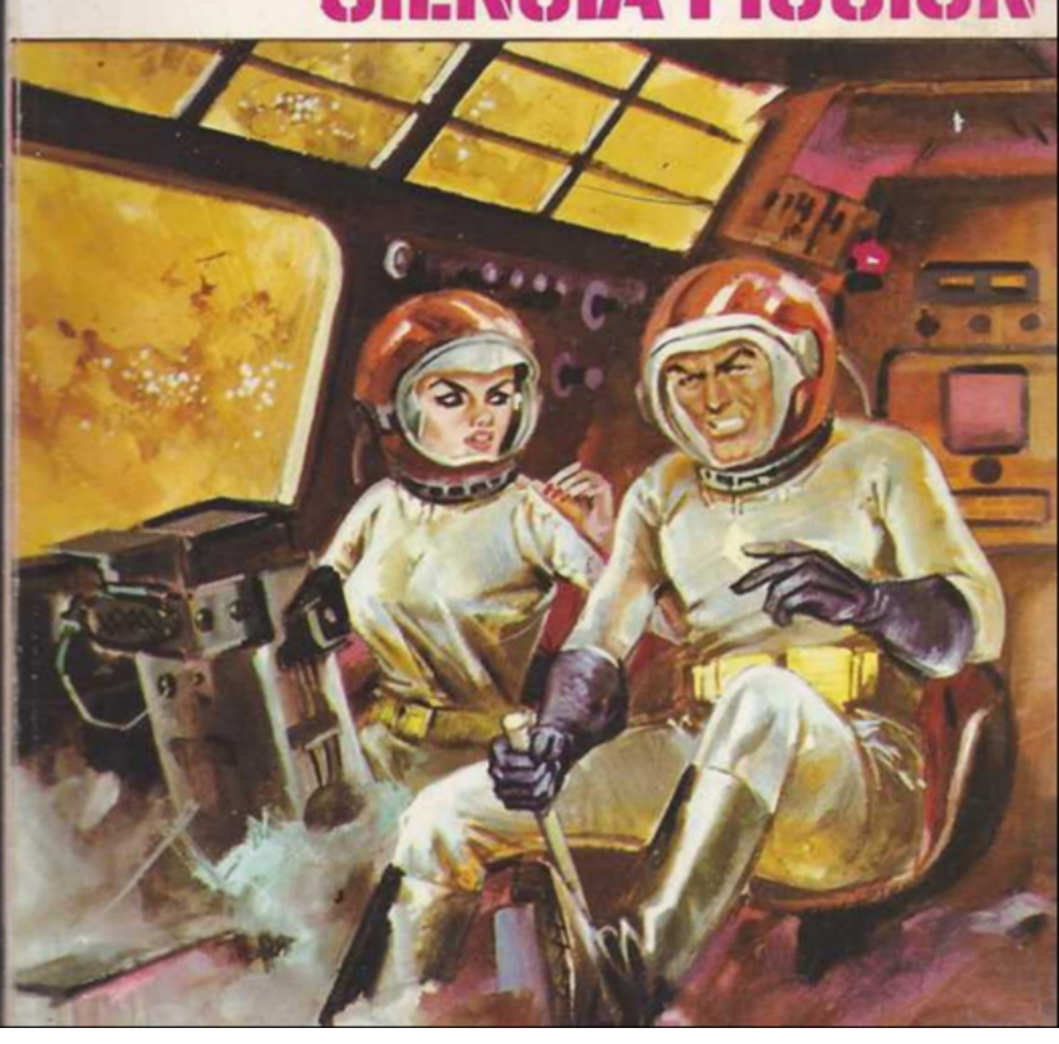
CONFLICTO EN MAGNA

A. Thorkent

BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

CIENCIA FICCION





CONFLICTO EN MAGNA

A. Thorkent

CIENCIA FICCION





La conquista del ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

479 – Enemigos ocultos, *A. Thorkent*.

480 – La máquina imposible, *Glenn Parrish*.

481 – Los apátridas, *Clark Carrados*.

482 – El *gangster* de la galaxia, *Ralph Barby*.

483 – El hombre biónico, *Curtis Garland*.

1.

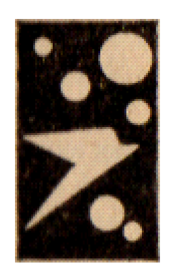
THORKENT

CONFLICTO EN MAGNA

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 484

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 29.915 - 1979

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: noviembre, 1979

© A. Thorkent - 1979

texto

© Miguel García - 1979

cubierta

Concedidos derechos exclusivos *a* favor

de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPÍTULO PRIMERO

Habían salido del hiperespacio hacía dos días y desde entonces esperaban noticias, con los motores apagados y saturados de aburrimiento.

La tripulación de la nave estaba compuesta por tres seres, dos humanos y un nativo que decía proceder de Saco de Carbón, a quien llamaban Perro porque no podían reproducir su horrible nombre original y porque su semejanza con un enorme canino terrestre era sorprendente.

Perro trabajaba para Viejo Mateos desde hacía años y como navegante era tan eficaz como el que más. Lan llegó incluso a admitir que a veces le aventajaba. Y Lan era un tipo al que le costaba reconocer que alguien pudiera ser mejor que él pilotando una nave.

Pero Perro seguía siendo segundo piloto, mientras que Lan era quien daba las órdenes.

El tercer humano a bordo de la nave «Sagitario», con matrícula de Vega II, carguero propiedad de Viejo Mateos, era un terrestre llamado Karl Manet, recientemente empleado en la compañía.

Karl no era precisamente un navegante, pero fue Viejo Mateos quien le ordenó que se embarcase en aquel viaje, lo suficientemente largo para mantenerlo alejado bastante tiempo de su hija Jara. Mateos los había descubierto más de una vez excesivamente juntos, pero no intervino en ninguna ocasión. Jara solía abandonar con excesiva frecuencia su dormitorio para acudir al barracón que ocupaba Karl.

Jara no era una muchacha que se dejase dominar por su padre, pero éste deseaba otra clase de compañero para ella. Karl era magnífico comerciante y relaciones públicas para la compañía, pero su oscuro pasado inquietaba a Mateos.

El «Sagitario» seguía girando sobre su eje, luces apagadas y el receptor siempre abierto, dispuesto a recibir más instrucciones del dueño de la compañía.

Perro dormitaba en el puente de mando cuando Karl entró. Movió la cabeza al escuchar los primeros y guturales ronquidos del humanoide. Le zarandeó porque sabía que si lo dejaba dormir unos segundos más tendría que dejarle hasta pasadas dos horas. Aquel ser parecía entrar en trance cuando el sueño le dominaba.

—¿Qué sucede? —farfulló Perro alzando su largo hocico en dirección a Karl.

—¿Cómo te atreves a dormirte cuando estás de guardia? Si te llega a ver Lan...

—Tenía alerta mi subconsciente.

—No sabía de ti esa particularidad.

Perro ocupaba el sillón de Lan y él se acomodó en el que Perro solía usar cuando ambos pilotos estaban en la sala de mandos.

—El Viejo Mateos debe llamar ya. ¿Qué ha debido pasar?

—No entiendo...

—Es obvio. Enviar un mensaje vía hiperespacial cuesta un riñón. ¿Qué ha movido a Viejo a hacer tal despilfarro para dejarnos inmovilizados aquí, cuando apenas estamos a unas horas luz de nuestro destino?

—Pregúntaselo a él cuando nos llame.

—Acabo de decirle a Lan que seamos nosotros quienes nos pongamos en contacto con él...

—Ni se te ocurra. Olvídate de eso.

Lan había entrado en la sala. Fumaba uno de sus acostumbrados cigarros, largos y malolientes. En unos segundos llenó la estancia de humo. Karl tosió y Perro maldijo en su lenguaje incomprensible.

—¿Olvidas que Viejo Mateos nos pidió situación IB?

—No sé qué es eso.

—Que debernos estar dispuestos a recibir, pero en ningún caso a transmitir.

—¿Por qué?

—Demonios, porque transmitiendo nos localizarían.

Karl se encogió de hombros.

—Sigo sin entender. Ni siquiera conozco nuestro destino. Y me gustaría saber para qué estoy aquí…

—Creo que estés en tu derecho de saber algunas cosas. —Karl se rascó pensativo la nuca, como si aún dudara si debía hablar—. Bueno, nos dirigimos a Wadel. Al menos eso espero aún. También es posible que se nos ordene volver a la base

—Me imagino que Wadel es un planeta donde podemos comerciar, ¿no?. Las bodegas están repletas.

—La mercancía está vendida en su totalidad —gruñó Karl encendiendo el cigarro al comprobar que se había apagado—. Si no podemos llegar a Wadel…

—¿Qué sucederá?

—Las finanzas de Viejo Mateos caerán en picado. El jefe y yo pensamos antes de partir que nos sobraría tiempo para llegar a Wadel, descargar y marcharnos antes de que comience el lío…

—¿Lío? Si te explicas de una vez…

—Eso estoy intentando, ¿no? Wadel no pertenece a la Federación, y es el cuarto planeta de la estrella Magna. El quinto mundo se llama Pule I, que comparte la misma órbita con un planeta gemelo, Pule II. Entre ambos se inició hace unos años una integración que no fue bien vista por Wadel, que teme que en poco tiempo se hagan tan poderosos que acaben con su preponderancia en el sistema planetario.

—Y Wadel, desoyendo los consejos de la Federación, comenzó a provocar a ambos aliados, con la sana intención de declararles la guerra, conquistarlos y terminar así con lo que piensa es un peligro para su expansión —concluyó Perro, mirando con ojos alegres el gesto de Lan al arrojar su cigarro por el sumidero.

—Estás más enterado que yo de lo que pasa por esos espacios —

dijo Karl.

—Leo todo lo que cae en mis manos desde que aprendí a leer en vuestro idioma —replicó Perro con un evidente tono de orgullo.

Lan sonrió sordamente.

—En cambio tú estás siempre muy ocupado en otras cosas.

—¿A qué te refieres?

Lan tosió y agitó las manos.

—Olvida eso. Te decíamos que Wadel estaba provocando a los dos mundos Pule para enmascarar su invasión a éstos y no provocar la repulsa de la Federación. Pero todo el mundo sabe que Pule I y II no están interesados en enfurecer a Wadel. Ellos no están tan bien preparados militarmente como su rival y sólo desean terminar de colonizar Pule II cuanto antes.

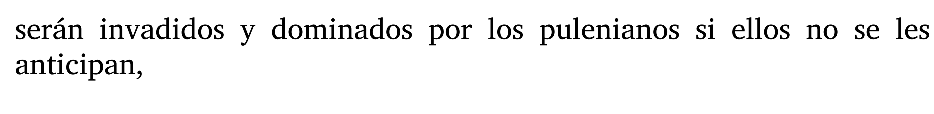
—¿Es que Pule II estaba deshabitado?

—Sí. En el sistema Magna sólo existían humanos en Wadel y Pule I. Sus habitantes descienden de colonizadores procedentes del Segundo Círculo, que huyeron de las Guerras Imperiales. Durante mucho tiempo progresaron independientemente. Pule 1 desarrolló una flota mercante espacial muy activa y comenzó a enviar gentes a Pule II, sus excedentes. Al principio crecieron demasiado aprisa, aunque más tarde controlaron la demografía con eficacia.

»Los mundos Pule eran independientes, el primero muy poblado y el segundo con apenas veinte millones de seres, dedicados principalmente a la agricultura.

Mientras tanto, en Wadel sus habitantes estaban muy ocupados en guerras internas de no mucha importancia, pero que les permitieron desarrollar una técnica bélica considerable. Aquel caótico estado duró hasta que un general se adueñó de todas las naciones, manteniendo la unidad por la fuerza de las armas.

»E1 actual gobernante de Wadel, el general Oromel, sabe que no podrá seguir manteniendo unidos los distintos pueblos de su mundo por mucho tiempo. Necesita un objetivo que ahogue las rebeliones internas. ¿Y qué mejor que una guerra contra un enemigo común? Ha conseguido convencer a su díscolo pueblo que los planetas Pule significan ahora una amenaza para ellos, y que en un futuro próximo


serán invadidos y dominados por los pulenianos si ellos no se les anticipan,

—Pensé que la Federación no permitiría una guerra de tal envergadura —comentó Karl,

—Y seguro que no la desea. Está intentando evitarla.

—¿Enviando a Magna sus flotas disuasorias?

—Eso sería mal visto en la Galaxia, crearía recelos difíciles de eliminar.

—¿Entonces…?

—En el sistema Magna no existe apenas taranita.

Karl abrió los ojos, comprendiendo.

—La Federación controla la mayor parte de la producción de taranita en la Galaxia, así como su distribución. Suprimiendo los envíos de ese mineral las naves de Wadel no podrán invadir los mundos Pule.

—Al menos eso es lo que confían que pasará —gruñó Lan—. Pero yo no me fiaría de los wadelitas ni esto —y marcó una pequeña porción de su dedo índice.

—Y el Viejo Mateos nos envía a Wadel —Karl sonrió—. Supongo que no llevaremos un cargamento de taranita,

—El Jefe habría dado su mano derecha por unos kilogramos , porque Wadel hubiera pagado una fortuna —graznó Perro.

—Sólo llevamos medicinas y otras cosas que escasean en Wadel, pero nada que pueda ayudarles a ganar la guerra. Nuestro cargamento es legal, revisado por las autoridades de la Federación. El Viejo nunca arriesgaría la única nave moderna que posee. Y no creas lo que dice Perro; Mateos nunca comerciaría con material de guerra.

Perro encogió sus estrechos hombros, no muy convencido ante la aseveración de Lan.

Karl se rascó la barbilla.

—Entonces la llamada de Mateos ordenándonos detenernos a tan poca distancia de Wadel pudiera significar…

Lan asintió vigorosamente.

—Eso me temo yo también; que Wadel haya comenzado la guerra.

—Pero si no tienen suficiente taranita...

—Esos tipos están locos, y su jefe, el general Oromel es un demente, un dictador capaz de todo por mantenerse en el poder. Y la inmensa mayoría de los wadelitas acarician la idea de adueñarse de dos mundos magníficos y hacer millones de esclavos.

Karl entornó los ojos. Por un momento había pensado lo peor, que aquel viaje, por ejemplo, era un plan del Viejo para alejarle de su hija. Incluso la noche anterior había dormido con un ojo abierto, temiendo que Perro o Lan entrasen en su cabina, le golpeasen y luego lo metieran por la esclusa, lanzándolo al vacío.

La actitud preocupada de Lan le había llevado a imaginarse cosas que ahora, le parecían truculentas, producto de una mente enferma. Bah, Lan estaba taciturno porque la situación no le satisfacía. Su nerviosismo se debía a que estaba ansioso por recibir noticias de la base, escuchar la voz del Viejo permitiéndoles seguir el viaje hasta Wadel u ordenarles volver a casa.

Lan bostezó y Perro lanzó un semiaullido, expresando ambos así su aburrimiento. El primer piloto dijo:

—Debemos tomarlo con calma. Eh, Perro. Te veo muy cansado.

—Estas guardias inactivas me destrozan.

—Si queréis yo puedo quedarme mirando el comunicador --se ofreció Karl, ocupando el asiento que dejaba libre Perro al lado del aparato.

Lan pareció dudar un segundo.

—Bueno, no creo que haya problema; pero si Viejo llama deberás avisarme en seguida.

—Vale, Lan.

Perro se marchó detrás de Lan, era casi tan alto como él, pero tan estrecho que Io parecía más. Desde el pasillo, graznó a Karl:

—Gracias, chico. Tú siempre me pareciste simpático.

Un relaciones públicas como él tenía poco trabajo que hacer durante un vuelo, pensó Karl. Le daba igual estar allí junto al comunicador que tumbado en su cabina, escuchando música o leyendo.

Sonrió cuando estuvo seguro de estar solo. Si llegaba un mensaje del jefe él sería el primero en conocerlo. No confiaba mucho que aquel viejo gruñón, sobre todo desde que sabía que él no parecía muy contento con las relaciones que sostenía con su hija.

Frente a Karl estaba la gran pantalla visora. La encendió. El objetivo enfocaba hacia la proa. Observó el espacio. Un poco a la derecha creyó ver un sol amarillo. Tal vez era Magna. Aumentó la potencia telescópica y distinguió dos planetas. Luego, un tercero.

Cogió el panel de navegación y comprobó que, efectivamente, se trataba del sistema Magna. Volvió' a esbozar una sonrisa. ¿Qué pensarían sus compañeros si le veían manipular los mandos de la sala con evidente eficiencia? Seguro que se llevarían una sorpresa mayúscula.

Usó el visor de babor. No vio nada interesante. El espacio parecía allí más profundo y solitario. Estribor…

Karl casi salta del sillón. La imagen estaba en su máxima potencia, lo suficiente para ver como si fuera una pelota de ping-pong un planeta situado a seis meses luz. Así, la nave que debería estar a unos cien kilómetros de ellos surgió en la pantalla, cubriéndola toda de forma monstruosa.

Rápidamente, Karl giró el dial que devolvía a la pantalla la perspectiva normal. La nave se alejó vertiginosamente, hasta convertirse en un puntito reluciente.

Hizo mover el sillón hasta el otro extremo de la sala, volcándose materialmente sobre el detector. Allí estaban los datos. ¿Cómo es que nadie se había dado cuenta de aquella presencia?

Seguramente todo el mundo estaba demasiado ocupado, pendiente del comunicador. ¿Para qué iban a observar el detector?

Sin embargo allí estaba la nave, una copia exacta de la «Sagitario», lo cual no era nada extraño, teniendo en cuenta que se trataba de un modelo muy corriente, usado por todas las compañías comerciales porque se trataba del mejor tipo de carguero actualmente existente.

Karl volvió a usar la visión telescópica de la pantalla. Hizo que la nave cobrase el tamaño adecuado para intentar leer en ella su nombre y datos de matriculación.

No había nada. El aparato destellaba a la fu/ de las estrellas, su ahusado casco brillante y sin mácula, excepto...

Cerca de las toberas había una gran sección ennegrecida, como si hubiera ocurrido algún accidente, una ligera explosión que, empero, no había dañado la estructura.

El joven regresó a! comunicador. Permanecía silencioso.

Karl tragó saliva. Si se trataba de un pecio... Meneó la cabeza, alejando aquellos pensamientos tan gratos. Todo hombre que se movía por el espacio siempre había soñado con encontrar un botín corno aquél.

Era demasiado maravilloso para ser real.

Nervioso, Karl se situó ante el comunicador. Sus dedos temblaron ligeramente antes de empezar a mover los mandos para establecer contacto con la base.

Los cinco minutos que transcurrieron antes de que recibiera respuesta confirmativa le parecieron una eternidad.

Karl era consciente de que el consumo de energía era enorme. Se trataba de una distancia superior a los tres años luz, que equivalía en dinero a... Parpadeó, asustado ante su temeridad. La reserva del «Sagitario» debía estar mermando considerablemente.

La imagen borrosa del Viejo surgió dentro del cubo, y su voz tonante inundó la sala de mandos.

—¡Qué demonios pasa! —debió tardar unos segundos más en identificar a la persona que se comunicaba con él—. ¿Tú? ¡Estás loco, estúpido!

—Eh, jefe, es algo importante...

—¡Calla! Dije claramente que sería yo quien me pusiera en contacto con vosotros. ¿Dónde está Lan?

—Durmiendo. Yo...

La cara burlona y nívea de Viejo Mateos aumentó dentro del cubo

y dio la sensación de quererlo reventar.

—¿Te has atrevido a tanto? Te cortaré en pedazos, idiota. ¿Qué te ha hecho perder la paciencia? Yo estrujé la mía, desde hace muchas horas. ¿Sabes lo que has conseguido, muchachito engreído?

Karl sólo se atrevió a negar con la cabeza.

—Esa imbécil que tengo por hija —rugió el viejo— ha tomado mi nave y viaja ahora hacia el lugar donde estáis, después de averiguar las coordenadas. Yo me muerdo las uñas aquí, esperando el momento propicio para llamaros y tú me llamas por… Bueno, ¿por qué? ¡Dímela!

—Es que hemos… Mejor dicho, yo he…

—Te voy a matar, jovenzuelo —le interrumpió Mateos—. Has hecho perder la sensatez de mi hija. Cuando le dije que después de este viaje no volvería a verte más me gritó corno nunca lo ha hecho hembra alguna y se largó en ¡u busca. ¡Estás despedido! Desquitaré de tu paga los gastos de está llamada improcedente y aún me deberás dinero.

El miedo inicial que sobrecogió a Karl ante la actitud iracunda de su jefe fue desapareciendo, trocándose en una fría actitud despectiva, mientras su mente analizaba la situación.

—Pero, ¿qué estaba esperando para decirnos lo que tenemos que hacer? Llevamos dos días aquí.

—¿Crees que no sé lo que hago? La guerra ha estallado entre Wadel y los dos mundos Pule. Pero ha sido una ofensiva relámpago del autarca Oromel y las hostilidades no durarán mucho tiempo. Pronto podréis descender en Wadel, tal vez mañana. ¡Ya pagarán una sobretasa por la mercancía que llena las bodegas del «Sagitario»!

El viejo sonrió ligeramente. Ante la perspectiva de una buena ganancia parecía olvidarse de las contrariedades actuales. Enseguida reaccionó y sus negros ojos volvieron a relucir enfurecidos.

—Pero esto no cambia mi decisión de despedirte. Ordenaré a Lan que impida a Jara que aborde el «Sagitario». Eso la obligará a regresar a casa. Tú serás desembarcado en Wadel, expedientado y…

—Calle de una puñetera vez, viejo chivo —silabeó Karl.

Mateos quedose con la boca abierta sorprendido ante la actitud del joven.

— Y escúcheme bien —prosiguió Karl—. Toda nuestra conversación, como usted bien sabe, ha quedado registrada y es inviolable. Las autoridades competentes sabrán que ya no trabajo para usted desde este momento: A partir de ahora voy a tomar posesión de un rico botín, un hermoso pecio que he descubierto a unos cien kilómetros de aquí y del que ahora soy su dueño absoluto, según las leyes espaciales refrendadas por la Federación,

El viejo movió los labios, incapaz de articular palabra alguna. Resopló y logró decir:

—Eres un bicho. Estás tratando de engañarme. Llama a Lan, quiero hablar con él…

—Voy a cortar la comunicación. Usted tendrá que llamar de nuevo. Ah, no se preocupe por esta llamada. Yo le pagare el gasto

Violentamente Karl movió el dial que cortaba el contacto. Con placer observó corno la imagen del viejo disminuía de tamaño hasta convertirse en un puntito que terminó por desaparecer,

Karl se levantó del asiento, soltando una carcajada. Al volverse se encontró con Perro, que le miraba desde la entrada.

—¿Lo has escuchado todo? —le preguntó.

—Sí. Tengo un sueño muy ligero. ¿Es cieno lo del pecio?

Karl asintió vigorosamente. Conectó la pantalla y dejó que Perro disfrutase de la visión.

El ser del Saco de Carbón, imperturbable, comentó:

—Pudiera haber alguien a bordo. Entonces no sería un botín espacial.

—Bah, no me amargues el futuro. Si hubiera alguien a bordo de esa nave estaría lanzando el SOS conveniente.

—Esa nave supone un montón de millones. ¿Qué piensas hacer?

—Legalmente estoy despedido desde hace rato. Puedo largarme y tomar posesión de mi nueva propiedad,

—Tendrás que tomar prestada una navecilla, y ésas son propiedad del Viejo.

—Eso es. Pero sólo prestada. Se la devolveré por control remoto, incluyendo un recibo por la energía consumida.

Perro sonrió torvamente.

—Necesitarás un piloto.

Karl entornó los ojos. ¿Por qué no? Siempre eran mejor dos pilotos que uno. A Lan no le sería muy difícil llevar el «Sagitario» hasta Wadel cuando el viejo se lo ordenase. Era una maniobra sencilla para un solo hombre de la competencia de Lan.

—Tienes razón —asintió Karl—, Tendremos que programar una nueva ruta, arreglar cosas ahí dentro y quién sabe qué más trabajo nos espera, pero, indudablemente, demasiado para mí solo. Te admito corno socio con el diez por ciento.

—El treinta.

—Sólo un veinte.

—Veinticinco.

—De acuerdo.

Se estrecharon mano y garra.

—Dejaremos una nota a Lan explicándoselo todo —dijo Karl.

Mientras la redactaba, el estridente avisador del comunicador comenzó a sonar.

Riendo, Karl dijo a Perro, que volvía con los trajes de presión para ambos:

—Déjalo llamar. Lan tardará un buen rato en oír el aviso de comunicación del Viejo

CAPITULO II

Su título era Autarca de Wadel, pero le gustaba que le siguieran llamando general Oromel, sobre todo en aquellas jomadas triunfales.

En menos de tres días sus ejércitos habían arrasado las débiles defensas de Pule II y las grandes naves, cargadas de tropas de infantería, lograron descender y escupir sus cargas humanas.

La guarnición de Pule II se rindió a las pocas horas, cuando las municiones empezaron a escasear y tuvieron la certeza de que no iban a recibir ayuda del otro planeta con el cual compartían la órbita alrededor de Magna.

Oromel había asegurado a su Estado Mayor momentos antes de comenzar la ofensiva:

—Pule I está exactamente al otro lado de Magna, mientras que nuestro planeta apenas estará a cuarenta millones de kilómetros de nuestro objetivo. Durante tres meses nuestra posición será ventajosa. Y antes de que transcurra ése tiempo habremos hecho capitular también a Pule í. En ningún momento deberemos temer una reacción del enemigo.

Sus oficiales le escuchaban en silencio, absortos.

—Flota y ejércitos de Pule I son superiores en número a nosotros, pero su tecnología está por debajo de la nuestra. Y ellos también están escasos de energía. Cuando se enteren de que hemos capturado Pule II, tendrán que esperar los acontecimientos. Es decir, nuestra invasión.

Un general tosió y alzó tímidamente la mano solicitando permiso para hablar. Gentilmente, Oromel le hizo un gesto concediéndoselo.

—Pero nuestras reservas de taranita tampoco son grandes, señor. Escasamente dispondremos de ellas para culminar la invasión de Pule II. Después de estudiar el plan de invasión inicial, el cual es vasto e implica un despliegue enorme de fuerzas con el consiguiente gasto superfluo de medios energéticos, nuestras reservas estarán casi a cero. Dudo que más adelante podamos comenzar la segunda fase del plan; la conquista del otro planeta enemigo.

Oromel miró con entornados ojos al general que había hablado. Era un militar mayor, perteneciente a una clase aristocrática del planeta que no había simpatizado excesivamente con la ascensión al poder total de Oromel. Si no lo había eliminado, o al menos apartado del mando efectivo, era porque gozaba de un gran prestigio entre oficiales antiguos y parte de la tropa profesional. Se llamaba Khumell y tenía fama de astuto.

El autarca emitió una sonrisa condescendiente, como si estuviera perdonando una leve falta a su subordinado.

—Todo está debidamente pensado, general Khumell —dijo Oromel enfáticamente—. Precisamente nuestro espectacular despliegue sorprenderá a nuestros enemigos, que terminarán pensando que no nos importa el consumo de la preciada taranita. Esto Íes pondrá nerviosos y hasta es posible que soliciten el comienzo de negociaciones para el armisticio.

—Está aún la Federación...

—Me río de la Federación, general Khumell. Tendrá que conformarse con ser espectadora pasiva de los acontecimientos,

—Sí, pero impedirá que nos llegue el suministro de taranita.

—Por supuesto.

Un sardo rumor de sorpresa e intranquilidad estalló en la sala. Ni un miembro del Estado Mayor dejó de palidecer. Oromel alzó las manos, y sin dejar de sonreír, añadió:

—El pían de ataque es obra personal mía y no he dejado ningún cabo suelto, señores. Todo está previsto. Dispondremos de los medios para apoderarnos de todo el sistema planetario de Magna. Según mis cálculos sólo necesitaremos cinco días para conquistar Pule II y un mes para que el otro mundo se rinda o se someta a nuestras armas,

En realidad sólo hicieron falta tres días para que Pule II capitulara. Hasta el momento Oromel había pecado en exceso. Le sobraron dos días de sus previsiones, lo cual hizo aumentar su prestigio.

La nave insignia del Autarca volaba apenas a quinientos metros de las extensas estepas del continente meridional de Pule II. Lo hacía a escasa velocidad porque Oromel así lo había ordenado. Atrás quedaron los campos donde se libró la batalla de superficie más importante, en la que los ejércitos de Wadel tuvieron el mayor número de bajas, unos diez mil soldados. Ante esta cifra, al recordarla, Oromel frunció el ceño. Los pulenianos que les hicieron frente se rindieron en seguida, pero apenas llegaron a las dos mil bajas. Oromel solucionó aquella diferencia ordenando fusilar a nueve mil soldados prisioneros. Había que presentar al pueblo wadelita más favorables estadísticas.

Escoltado por dos docenas de naves ligeras, armadas hasta los

dientes, el crucero insignia en el cual viajaba Oromel se dirigía a la capital de Pule II, que ya se divisaba en el horizonte, detrás de los campos cultivados.

La población del planeta ocupado había huido en su mayor parte a los bosques y montañas. Le habían dicho que en la capital, Tskala, apenas habían quedado unos cientos de miles de personas, por la simple razón de que no. habían encontrado medios para escapar.

Oromel había dispuesto que se tratase bien a la población. Después de haber ordenado el masivo fusilamiento en un momento de cólera, había comprendido que necesitaba una mano de obra dispuesta a extraer de los fértiles campos del planeta iodo el alimento que Wadel precisaba.

La conquista de Pule II significaba que Wadel equilibraría su déficit alimentario y al mismo tiempo suprimiría al otro planeta Pule la única fuente de alimentos que tenía para dar de comer a su enorme población.

—Pule I -pensará detenidamente si le conviene prolongar la guerra —sonrió Oromel, musitando sus más íntimos pensamientos.

Escuchó el seco golpe de unos tacones, volviéndose. Un oficial estaba cuadrado a su derecha.

—Señor, nos aproximarnos a Tikala. Tal corno está previsto descenderemos en media hora en la plaza mayor de la ciudad. El general Khumell informa que todo está dispuesto para recibirle.

Oromel despidió al oficial e hizo un gesto para que el general Kurfion se acercase.

—¿Cómo es que Khumell está al mando de la capital?

Kurfion titubeó antes de responder:

—Se decidió ayer así, señor. Le correspondía por escalafón.

Oromel gruñó sordamente.

—Espero que sepa hacer bien las cosas. Aunque deseo que no se produzcan disturbios y la población admita pacíficamente la ocupación, Khumell es demasiado débil para ejercer el papel de una ciudad conquistada.

—Podemos relevarle, señor.

— Ya decidiré eso más adelante.

El oficia! volvió a entrar en la cabina. Después de! ritual taconazo, entregó al Autarca un sobre lacrado.

—Mensaje cifrado, señor —dijo con la mirada ausente en el techó —. Se le ruega, señor, que lo lea rápidamente. Prioridad Doble A. Remite e! Director de Inteligencia.

El Director de Inteligencia y también de la temida policía secreta .de Wadel, más conocida por las siglas WSP, era el tenebroso Aranla, única persona autorizada para visitar al Autarca a cualquier hora del día.

El general Kurfion se preguntó dónde estaría aquel tipo en aquellos momentos. Ocultó un gesto de asco y observó cómo Oromel leía nerviosamente el contenido del mensaje cifrado.

Cuando hubo terminado estaba pálido.

—Diga a! comandante del crucero que suspenda el viaje a Tikala, que envíe un mensaje al general Khumell informándole. Regresamos a Wadel inmediatamente.

Imperturbable, el oficial se retiró. Mientras el Autarca pascaba nervioso por la estancia, observado inquieto por Kurfion, el silencio se hizo denso y pesado, amargo.

—Señor, ¿puedo preguntarle si son malas noticias?

Oromel se detuvo y giró sobre los talones, enfrentándose al general.

—Si se refiere al curso de la guerra, no. Se trata de Otro' problema, pero que es vital. Confío que en Wadel pueda arreglarlo con ayuda de Arania.

Los militares odiaban a Arania. Todos sabían que el Director de! servició de Inteligencia y de! WSP había sido el causante de que más de un alto oficial desapareciera misteriosamente. Despertar la sospecha de Arania equivalía a una sentencia de muerte, y en el mejor de los casos, ser juzgado por un Tribunal y condenado a prisión perpetua. Se decía que Arania adoraba al Autarca y que no permitía que nadie se atreviese a conjurar contra su jefe. Su extensa red de

espías abarcaba hasta el último rincón de Wadel y conocía todos los pasos de los que no comulgaban con las ideas de Oromel.

—Yo debería quedarme en Pule, señor —sugirió Kurfion.

—Tiene razón, general. Disponga de una chalupa y regrese a su puesto. Usted es el máximo responsable de este planeta. Le sugiero que vigile estrechamente al gobernador de Tikala, el general Khumell.

—¿Alguna sospecha,, señor?

—Ninguna por el momento, pero temo que sea demasiado blando con los nativos. Repito que no quiero violencia, pero nada de blanduras. Ahora deseo estar solo.

En el movimiento del crucero se notó el cambio de ruta. La velocidad estaba aumentando y en pocos minutos comenzaría a abandonar la atmósfera de Pule II, en dirección al espacio y a Wadel.

* * *

Khumell recibió con indiferencia la noticia. Dijo a su ayudante:

—El tirano no vendrá. Regresa a Wadel.

—No debería usted hablar así, señor —le aconsejó et teniente Fister.

El general soltó una amarga carcajada.

—Esa araña humana de Arania aún no ha tenido tiempo de extender su tela de espías y chivatos aquí.

—Pero no tardará en tenerla.

—Seguro. Mientras tanto estamos un poco tranquilos.

El general volvió a sentarse detrás de la mesa, acogiéndose a la comodidad del sillón que antes había servido al alcalde de Tikala. Ahora estaba en una celda, aislado. Khumell sabía que era un buen hombre, que se había negado a abandonar la ciudad. Un valiente. Se preguntó cuál sería la suerte del alcalde cuando Arania o sus secuaces llegasen con la intención de sanear el planeta recién ocupado.

—Me alegro que haya decidido no venir —miró a través de la ventana. La ciudad apenas había padecido durante la corta guerra, pero no se veía un alma por las calles si se exceptuaban las patrullas armadas—, Seguro que a Oromel le hubiera gustado ser recibido con vítores y algaradas entusiastas.

—Habría hallado una ciudad desierta y asustada.

—¿Qué esperabas? La noticia de la masacre, en la que fueron fusilados nueve mil soldados y oficiales ha llenado de pánico a estas gentes. Esto no lo olvidarán nunca. Es distinto cuando sus familiares y amigos mueren luchando. ¿Por qué mandaría matar a esos pobres soldados que sólo se rindieron cuando se quedaron sin municiones?

—¿Qué piensa usted, señor?

—Oromel está loco. Como todo tirano, está loco. Y lo peor es que está rodeado de muchos como él.

—Se dice que antes de tres semanas comenzará la invasión de Pule 1.

—No lo creo. No por ahora. Nuestro ejército está extenuado energéticamente. Apenas tenemos energías procedentes de teranita para unas horas de combate. Hemos usado diez veces más tropas y naves que las precisas para doblegar este planeta, que apenas contaba con unos regimientos y dos docenas de cazas espaciales.

—Pero la impresión causada en Pule I ha debido ser grande. El rumor que tenían de que nosotros apenas tenernos taranita ha debido quedar disipado.

—Aunque ni siquiera nosotros sabemos la realidad, me temo que todo sea un simple farol.

—¿Usted cree?

—Lo sospecho. Esa repentina marcha de Oromel... ¿A qué se debe? Un ser tan engreído como el Autarca no desperdicia la oportunidad de entrar triunfalmente en una ciudad conquistada. Algo ha debido ocurrir, muy grave, mientras se dirigía hacia aquí.

El teniente Fister tosió discretamente.

—Parece ser que el crucero insignia recibió un mensaje de Alta Prioridad de Arania.

—¿Conoces el contenido?

—No, lamentablemente. Estaba cifrado. El operador tenía abierta la onda del crucero insignia y lo captó. Me temo que sea indescifrable.

El general Khumell se puso tenso. El teniente Fister era de fiar, pero a veces sospechaba que perteneciera al secreto grupo de oficiales que conjuraba contra el tirano desde hacía años y sobre el cual el mismo Arania estaba dispuesto a dar su brazo derecho por descubrir.

—Deseo ese mensaje —dijo Khumell trémulamente.

Fister le tendió un papel lleno de signos.

—La copia ha sido destruida, señor. Este es el único escrito que existe del mensaje de Arania, aparte, naturalmente, del que fue entregado al Autarca. ¿Confía en poderlo descifrar?

Después de mirar Io escrito, Khumell negó con la cabeza.

—En ese caso, general, puedo encargarme yo de intentarlo. Le juro que tan pronto averigüe algo se Io haré saber.

El general titubeó unos instantes antes de devolver el papel. Pero la sonrisa firme y decidida del teniente le impulsó a hacerlo.

—Confío en usted, teniente.

—Sabe que puede hacerlo, general —respondió Fister guardándolo cuidadosamente—. Tengo un amigo de toda confianza que puede hacer el trabajo en pocas horas. ¿Desea algo más, señor?

—No, teniente. Puede retirarse. Ah, tórnese el día de descanso. No regrese a su puesto mientras no tenga listo el ... trabajo.

—Así lo haré, señor.

CAPITULO III

Aunque visualmente era como estar en el «Sagitario», el silencio opresivo y el dulzón olor a carne descompuesta les hacían comprender la realidad.

Descubrieron los seis cadáveres en diversos lugares. Tres se

hallaban en la cabina de mandos, dos en el comedor y el sexto junto a la entrada de la bodega.

Perro corrió a activar la renovación del aire. Al no haber seres vivos el dispositivo automático no funcionaba. Aquélla era una palpable prueba de que todos los tripulantes estaban muertos.

Cuando transcurrieron unos minutos, Perro indicó a Karl que podían despojarse de los trajes de presión.

—¿Qué habrá ocurrido aquí? —preguntó Karl. Todavía se notaba en el ambiente el olor a muerte, pese a las corrientes de aire fresco que entraba desde los conductos.

Perro sugirió que antes debían quitar de en medio los cuerpos, arrojarlos al espacio por un tubo de desperdicios neumáticamente, para que la atracción cíe la nave no los atrapara.

Karl registró, entre constantes arcadas, los trajes llenos de sangre seca dé los seis muertos. Habían sido mortalmente heridos por proyectiles diminutos, explosivos. Una faena sucia. No encontró nada.
’

Cuando se desprendieron de ellos regresaron a la sala de mandos. Perro se acomodó en el sillón del primer piloto y Karl se limitó a sonreír. Aunque sus conocimientos de astro- navegación eran profundos debía admitir que el ser de Saco de Carbón le aventajaba. Y aún no deseaba demostrar a nadie sus ocultos conocimientos.

Después de revolverlo iodo, Perro lanzó un quejido, equivalente a un gesto de consternación de un humano.

—Están borrados todos los indicios. Nunca sabremos de dónde ha llegado esta nave. Ni tampoco qué hacia aquí.

—Mira en el libro de bitácora.

Perro lo alzó desalentado.

—Vacío. Si algo está registrado es en el ordenador precintado.

—Podemos inspeccionarlo.

—¿Quieres que las autoridades del primer puerto al que lleguemos nos quiten la nave? Eso es un delito en cualquier mundo... No podremos reclamar el botín para nosotros.

Karl soltó una carcajada.

—¿Me crees tonto, Perro? No vamos a ir a ningún planeta controlado por la Federación o por leyes semejantes.

—¿No? Entonces no entiendo…

—Sé de un lugar donde no nos harán preguntas. Allí conseguiremos una documentación en regla, que nadie podrá descubrir que es falsa. Obtendremos números de serie y matriculación. ¿Conoces Humbrell?

—No, lo reconozco. ¿Dónde está eso?

—No muy lejos, a varios parsecs. Al menos tenemos un orientador y navegador automáticos. Para ti será un juego localizarlo. Humbrell está en Casiopea. Es un mundo que se ríe de la Federación y son capaces de engañar al más listo. Por un poco de dinero podremos presentarnos incluso en la Tierra y vender esta nave sin que nadie descubra el asunto,

—Pero nosotros no tenemos dinero.

—Bueno, supongo que algo habrá en la bodega que podamos vender.

Perro parpadeó consternado.

—Por los Soles Muertos. Aún no hemos mirado en la bodega. Ni tampoco si ésta nave dispone de suficiente energía para ir a Humbrell.

Ansiosamente, ambos compañeros miraron el indicador. Karl silbó asombrado primero y luego con alegría.

—¡Más de un kilo, amigo! Con la mitad nos sobrará para pagar a quienes nos hagan el trabajo y tendremos suficiente para ir adonde queramos en la Galaxia.

—Un kilo doscientos gramos de taranita — dijo Perro agitándose nerviosamente—. Eso es un exceso de carga energética. No me gusta, Karl.

Frente a ellos comenzó a repiquetear una luz roja.

—Apuesto a que Lan se ha despertado al fin con las insistentes llamadas del Viejo Mateos y está intentando contactar con nosotros.

—Salgamos de dudas —le respondió Perro moviendo el dial del comunicador.

—Hola, Lan —saludó Karl cuando el primer piloto del «Sagitario» mostró su faz en el cubo—. Si tuviéramos tiempo te invitaríamos a nuestro hogar. Supongo que por aquí debe haber algo de beber. Lo celebraríamos.

—He hablado con el jefe. Me lo ha contado todo. ¿Qué pretendéis?

—¿No has leído nuestra nota?

—Sí, claro. Pero lo que estáis haciendo es ilegal.

—De ninguna manera. Yo he encontrado una nave abandonada y según las leyes es mía. Como la descubrí cuando ya no trabajaba para el jefe no tengo que repartir nada con él. Ah, por cierto; hice regresar la nave que usarnos y dentro va un recibo por el gasto ocasionado. Dile al viejo que le enviaré el dinero tan pronto pueda.

Lan se pasó la mano por el rostro.

—Será difícil para mí llevar la nave a Wadel.

—¿Ya te ha dado permiso el Viejo para hacerlo?

—Sí. Dice que Wadel ha conquistado plenamente Pule II, que ahora es el momento mejor para vender la carga, antes que se reanuden las hostilidades. Es seguro que pronto será invadido Pule I y este sistema planetario puede convertirse en un infierno. Estoy deseando largarme cuanto antes —Lan dirigió su mirada hacia Perro —. Me has defraudado. Perro. No esperaba de ti esto.

—¿Por qué? Como humanoide que soy el Viejo no hacía otra cosa más que explotarme miserablemente. No tengo contrato de trabajo con él. Supongo que he sido muy educado al firmarle mi renuncia. Oh, vamos, Lan. Tú serás capaz de conducir el «Sagitario» hasta Wadel. Allí encontrarás ayudantes. Todo el, mundo estará loco por salir de un planeta en guerra. Los tendrás a patadas.

Viendo el gesto que hacía Karl para cortar la comunicación, Lan se apresuró a decir:

—Un momento. Jara viene hacia aquí, Karl.

—Lo sé —rió Karl—. Le ha quitado al Viejo su nave. Haz el favor

de decirle, cuando surja del hiperespacio, que iré a buscarla. La quiero de veras. Me la llevaré a alguna parte, lejos del viejo avaro que es Mateos Keller.

—Quien se marcha en seguida soy yo —gruñó Lan—. Ahora todo son prisas por parte del Viejo. Y si tú te marchas me pregunto qué hará ella cuando no descubra nada en este punto, donde esperaba hallarte.

Karl arrugó el ceño.

—Supongo que regresará con su padre —dijo—. Si pudiera le enviaría un mensaje mientras está navegando por el hiperespacio.

—Te quedarías sin energía.

—Dispongo de la suficiente —y le contó la que tenían, ante la sorpresa de Lan.

—Eres un tipo afortunado, lo reconozco. Te deseo suerte. ¿Tardarás mucho en partir?

—No lo sé. Tal vez unas horas. Necesitamos arreglar unas cosas.

—Yo lo haré antes de media hora. Lo tengo todo dispuesto. Ojalá llegue Jara antes de que tú te largues. Confío en que si lo hace te localice.

—Te prometo que tendré el faro encendido. Aunque se equivoque y me busque a un millón de kilómetros la orientaré hasta aquí. Le diré que venga conmigo.

—El yate…

—No podemos llevárnoslo, por supuesto. Además, no soy un ladrón. Te avisaré en Wadel para que tú lo recojas y se lo devuelvas al viejo.

—Sé que lo harás así. Suerte, Karl. También a ti, Perro.

El humanoide soltó un gruñido y Karl sonreía aun cuando la imagen de Lan desapareció del cubo.

—¿Es verdad que te llevarás a la chica? —preguntó Perro.

—Claro que sí. Jara es estupenda. Lo pasaremos estupendamente en la Tierra. Hace años que no visito mi planeta.

—Siempre pensé que huías de allí.

—Es posible. No sé exactamente si me buscaban las autoridades o no cuando decidí largarme. Pero mí posible delito no era muy grave y ya habrá prescrito. ¿Tú volverás también a tu mundo?

—No lo sé. Es posible. Todo depende del dinero que obtenga.

Karl le estrechó la peluda garra, una garra que a pesar de ser tan tosca era una de las más hábiles que nunca había visto ante un panel de mandos.

—Me gustaría que siguieras conmigo. Eres un buen amigo.

—Los humanoides no somos bien recibidos en la Tierra.

—Llevando dinero, sí. Tampoco los humanos son mirados con simpatía en ninguna parte si llevan vacía la bolsa —rió Karl.

—Ahora trabajemos —dijo Perro—. Tenernos que localizar Humbrell y establecer un plan de ruta.

—Te ayudaré.

—Me basto solo. ¿Por qué no echas un vistazo a la bodega Lo tomamos todo con demasiada naturalidad, pero aquí ha pasado algo que debería intranquilizarnos. Seis muertos son demasiados, ¿no? Es imposible que se hayan matado entre sí.

—¿Quieres decir que alguien lo hizo?

—Sí.

—¿Y que luego se largó?

—Uno o varios seres mataron a seis humanos. Eso es indudable. Lo que tenemos que averiguar es si se largaron o...

—A bordo no hay nadie excepto nosotros.

—Seguro, pero investiga en el hangar. Este tipo de naves suelen disponer de tres chalupas de salvamento. Ojalá falte alguna.

Karl asintió. Dejó a su compañero en la sala de mandos. Perro tenía razón. Allí había sucedido algo misterioso. Podía tratarse de una nave pirata o de contrabandistas. Una disputa entre seres de esa calaña bien podía degenerar en una pelea mortal, pero resultaba

difícil creer que ninguno saliera ileso. Todas las heridas eran mortales. Ningún cadáver había recibido menos de un disparo explosivo. Se preguntó en qué parte de la Galaxia seguían utilizando un arma tan repulsiva, que mataba tan suciamente.

Caminaba por el pasillo cuando Perro le gritó desde la sala de mandos:

—Lan acaba de marcharse, Karl.

—Que tenga suerte rezongó quedamente.

En el suelo recogió dos armas. Eran pistolas láseres. Una no había sido disparada, pero la otra al menos había efectuado tres descargas. En una pared metálica descubrió los rastros de los disparos, indudablemente fallados. En la sala de mandos, donde aparecieron tres de ¡os cuerpos, no hallaron ningún arma. El último cadáver tenía al lado una pistola. Recordó haberla visto en un rincón, pero entonces Perro y él cargaban el muerto hacia el tubo lanzador y no la recogió.

Anduvo hasta la entrada de la bodega. En el mismo sitio, estaba aún el arma. Recordó que el cadáver debieron haberlo hallado muy cerca. Podía llegar a la conclusión que el dueño del láser apenas había tenido tiempo de amartillarlo. Dispararon contra él, destrozándole el pecho, antes de que pudiera apretar el gatillo. El arma se deslizó un metro escaso por el brillante suelo.

Karl contuvo el aliento ante la cerrada puerta que conducía a la bodega. Su imaginación formaba una confusa escena de Io que pudo haber sucedido en la nave.

No cabía la menor duda de que los seis muertos pertenecían a la tripulación o ellos eran todos sus componentes. Uno o varios seres les sorprendieron. El que estuvo cerca de la bodega debió ser el primero en morir. Su sorpresa debió ser muy grande, pero tuvo tiempo de extraer su arma antes de caer fulminado. Entonces siguieron hasta el comedor, en donde otros dos habían escuchado ruidos. Fueron cazados junto a la mesa, con las vituallas dispuestas. Mientras uno moría el otro tuvo oportunidad de efectuar tres descargas, ¿Hirió alguna al agresor o agresores?

Un láser podía atravesar un cuerpo y terminar arañando un tabique de acero. Imposible saber si había encontrado a alguien en su camino.

Los últimos en morir debieron ser ¡os tres hombres que se

encontraban en la 'sala de mandos. Era a prueba de ruidos y fueron cazados impunemente.

Los asesinos pudieron tener una o dos bajas, huyendo a .continuación con el botín, que, indudablemente, debían buscar. Karl estaba convencido, ahora, de que eran varios. Aquella masacre no podía ser producto de una sola persona.

Tomó la pistola de rayos láser. Sonrió al comprobar que ni siquiera tenía el seguro quitado. Lo hizo y abrió la puerta de la bodega. Desde el exterior conectó el sistema de alumbrado.

Avanzó unos pasos cautelosos hacia el interior.

Quedose allí, parado.

Lo que menos había esperado era encontrarla totalmente vacía. Recorrió los diversos compartimentos. En ninguno de ellos había el menor rastro, nada que indicase que la supuesta carga pudiera haber sido trasladada a otra nave, puesto que siempre hubiera quedado algún rastro. La limpieza era total, Y en un saqueo siempre debe quedar un paquete abierto o unos restos de mercancías de poco valor.

Allí no había nada. Cuando la nave partió de su desconocida procedencia lo hizo con 1.a bodega vacía.

Karl abandonó aquel lugar, aturdido.

Sus pasos se dirigieron a la cocina. Se tranquilizó al encontrarla con la despensa llena de alimentos. No eran totalmente de su gusto, pero perfectamente asimilables para un ser humano. También Perro hallaría allí algo grato a su paladar. Las etiquetas no le revelaron nada positivo. Podían proceder de cualquier mundo controlado por la Federación, lo que implicaba cientos o miles, incluso las botellas de licor eran conocidas. Sólo dos de ellas mostraban indicaciones algo exóticas para él.

Podía caminar por aquella nave ya que era idéntica al «Sagitario». Quiso ir a la enfermería. Si alguien había resultado herido...

La puerta de la enfermería estaba entornada y la luz estaba encendida. Karl apretó con fuerza la pistola. Terminó de empujar la puerta con un pie.

Sobre el suelo había restos de sangre. Unas vendas tiradas, rojas, junto a unos comprimidos vacíos de estimulantes.

Al fondo había otra puerta que conducía a... Las leyes de la Federación exigían a las naves modernas llevar un depósito de congelación. Era una práctica medida que evitaba el costo de un médico cirujano, humano o mecánico. Un herido grave, incluso un afectado por un virus desconocido podía ser sometido a un proceso de congelación y de esta forma conducido a un mundo donde pudiera ser atendido con garantía.

Recordó la cámara similar de que disponía el «Sagitario». Por supuesto, ellos nunca la habían usado. Pero Karl sabía que cuando estaba siendo utilizada se encendía un piloto rojo sobre el dintel de acero.

Sus ojos estaban clavados en la luz roja que campeaba arriba de la puerta.

Junto a la entrada había una pantalla visora. La conectó. Le mostraba la cripta de congelación nítidamente.

Allí había una mujer, desnuda de medio cuerpo para arriba. Tenía mucha sangre seca y un torpe vendaje sobre la cintura. Estaba muy pálida, pero con una palidez que no impedía mostrar una belleza irreal.

Sobre la pantalla estaban los indicativos de sus signos vitales. Vivía, aunque había perdido mucha sangre.

Karl regresó hasta la entrada de la enfermería. Tomó el comunicador internó y llamó a Perro,

—Acude rápidamente a la enfermería, amigo. ¿Puedes hacerlo?

—Acabo de terminar la nueva ruta y estaba a punto de insertarla en el computador. ¿Qué sucede?

—Aún tenemos a bordo a quien liquidó a los seis hombres.

Transcurrieron unos segundos antes de que Perro preguntase:

—¿Estás seguro?

Karl volvió a echar un vistazo a la pantalla.

—Sí —respondió, después de ver al lado del congelado cuerpo una extraña pistola, que identificó corno una lanzadora de proyectiles explosivos—. No hay ningún peligro, pero necesitaré tu ayuda para

devolver a la vida a alguien que nos tiene que explicar muchas cosas.

CAPITULO IV

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Oromel en medio de un resoplido, al tiempo que se derrumbaba en el sillón.

Delante del Autarca de Wadel estaban dos hombres, de pie, y trágicamente silenciosos.

Uno de ellos era Aranla, hombre alto y delgado, de tez pálida y reseca, labios finos y largos. El otro, de corta estatura , mostraba una incipiente obesidad y ante la pregunta del Autarca intentó esbozar una sonrisa. Se llamaba Hennest y sus ropas eran ricas, elegantes y cargadas de riquezas, corno correspondía a un importante comerciante de Sector Primario de la Galaxia.

—Lo ignoramos, señor —respondió Aranla, cansado del silencio de Hennest.

-No lo entiendo, Autarca Oromel —titubeó, al fin, el comerciante —, La nave debió haber llegado hace seis días...

—Malditos estúpidos —gritó Oromel golpeando Con furor sobre la mesa—. Ya se retrasaba el envío un día, estábamos a punto de comenzar la ofensiva y usted me aseguró que estaría a mi disposición durante la invasión a Pule 11.

—Yo... Yo pensé que el retraso era lógico, debido a que debía burlarse el dispositivo de vigilancia de la Federación.

—Me aseguró que pasaría cualquier tipo de control fácilmente.

—Sí, Io sé. Y sigo pensando en eso. No me lo explico. Hemos intentado ponernos en comunicación con ella insistentemente, pero la línea especial está en silencio.

—¿Línea especial?

—Es un sistema que usa una onda láser, imposible de interferir. Hasta mitad del camino, incluso cuando navegaba por el hiperespacio, hemos estado en contacto con nuestros hombres. Todo marchaba bien, pero de súbito el silencio fue la única respuesta que obtuvimos.

—¿Dónde estaba la nave cuando establecieron contacto con ella por última vez?

—Apenas a unos meses luz.

—Si es así... No me lo explico. Las vigilancias de la Federación ya estaban ampliamente rebasadas —musitó Oromel.

—Exacto, señor. Sencillamente, a punto de llegar a Wadel, establecerse en la órbita prevista y aguardar que esta estación espacial se hiciera cargo de ella.

Oromel asintió. Conocía demasiado bien el plan. Una vez abandonó Pule II ordenó que su crucero se dirigiera a toda velocidad a la gran base espacial, a medio camino entre el planeta Conquistado y Wadel. La base era una fortaleza y también una completa planta de transformación, construida secretamente. La Federación tenía conocimiento de su existencia, pero sólo podía creer que se trataba de un sistema dispuesto para la invasión a los mundos Pule, lo cual no era ningún secreto.

—Necesitamos esa nave a toda costa —dijo Oromel, mirando a los dos hombres—. El reabastecimiento de taranita es imprescindible. Por el momento, el enemigo y hasta la Federación, piensan que tenernos mineral de sobras para una prolongada guerra, pero lo cierto es que si no disponemos de la nave cuanto antes, la reanudación de la ofensiva no podrá proseguir. Nos veremos varados 'en Pule II. Allí tengo casi toda la flota espacial y mis mejores ejércitos.

—Sería imposible rastrear el sector donde se supone que se ha perdido el contacto con la nave, señor —dijo Aranla—. El sector es demasiado amplio y no podemos distraer demasiadas naves, además de que sería una pérdida peligrosa de energía.

—No es preciso que me lo recuerdes, Aranla.

—'Señor Hennest —dijo Aranla, mirando al comerciante, que lentamente recobraba su color natural—, ¿no se puede intentar comunicar con su nave por el medio habitual?

Hennest parpadeó.

—Bueno, con intentarlo no se perdería nada, pero...

—Hágalo, señor Hennest —dijo Oromel secamente—. Le hago responsable de todo.

—Pero Autarca... —tartamudeó el comerciante—. Represento a una sociedad que ha invertido una fortuna en la operación, somos los más interesados en que este asunto se resuelva...

—Sé cuáles son sus motivos —dijo Oromel agriamente—. Pero lo que yo me juego es mucho más importante. Si esta guerra no se resuelve a mi favor y cuanto antes, no podré impedir una revuelta entre mis oficiales. Sabemos —miró a Aranla— de muchos que no están de acuerdo con la conquista de los planetas Pule. Sólo venciendo los haré callar, y tendré un plazo dilatado para realizar una profunda depuración en mis ejércitos. Ahora váyase. Su nave le espera. Desde ella intente contactar con esa maldita unidad perdida y regrese pronto dándome nuevas noticias.

Hennest deglutió sonoramente y se retiró después de saludar con una profunda inclinación.

—¿Qué noticias puedes darme de Wadel? —preguntó Oromel, tratando de calmar su furia.

Cuando estaba a solas con el Autarca, se permitía Aranla ciertas confianzas. Tomó pausadamente asiento frente a Oromel y respondió:

—Las opiniones se dividen entre la población. Muchos están eufóricos ante nuestras victorias, pero estoy seguro que el número de descontentos no desciende. Los rumores existen, afirmando que esta guerra sólo traerá desdichas a Wadel. Los artículos escasean y la gente admite a regañadientes los cortes energéticos y demás privaciones. También los alimentos están desapareciendo del mercado.

—Tendremos abundantes cuando requisemos los de Pule II. El problema son los medios de comunicación de transporte. Se tardará aún semanas en inundar nuestras ciudades de comida, barata y de primera calidad.

—También las medicinas son escasas, señor. Pero creo que ese problema lo solucionaremos pronto. A Wadel están llegando cargueros con toneladas de ellas. Al parecer permanecían al pairo cerca del sistema Magna esperando cierta tranquilidad para acercarse a nuestro planeta.

—Seguro que esos condenados comerciantes han subido los precios.

—Así es; pero los pagamos sin poner objeciones.

—Deberíamos decomisarlos.

—Sería imprudente. Una política semejante dañaría nuestra imagen.

Oromel rió.

—¿Más de lo que está ahora? La Federación, seguro, está gastando sus medios en ofrecer a la Galaxia una visión partidista de lo que sucede en Magna, presentándonos como fieros guerreros sedientos de conquista.

—A veces pienso que la Federación sospecha que no sólo apetecemos territorios, sino que detrás de esto se oculta algo más.

—Si así fuera, la Federación habría intervenido. ¿Cómo podría enterarse? En Wadel sólo lo sabemos tú y yo.

—No olvide a los mercaderes, al grupo que representa Hennest.

—Ellos tienen que guardar silencio, en bien de su seguridad. Son ciudadanos de la Federación, y ésta los metería de por vida en un horrendo penal si descubriera que están comerciando con un producto que monopolizan. Comerciar con taranita es un grave delito. Y todavía más si es para uso bélico.

—¿Qué haría la Federación si supiera que está a punto de perder el monopolio de la taranita?

—Si lo supiera, ahora no dudaría en interponerse entre nosotros y Pule I, desalojarnos del planeta que hemos conquistado, y arrojarme a mí y a muchos de los míos a un homo atómico.

»Pero cuando todo esté normalizado, no podrá hacer nada. Apenas transcurran unos meses después de acabar la guerra, y demos a la Galaxia la noticia, se morderán los puños. La misma Galaxia será nuestra más feroz defensora cuando anunciemos que tendrán toda la taranita que deseen e incluso a precios más bajos que los del Monopolio que ellos explotan.

Oromel se incorporó y anduvo hasta el ventanal. Desde allí observó la esfera azul verdosa de Pule II.

—Nadie puede sospechar nada, porque en ningún planeta conocido de la galaxia existe un planeta como Pule II que contenga tal cantidad de taranita casi en estado puro que puede incluso extraerse a pocos

metros de la superficie.

Aranla sonrió orgulloso.

—Quien hizo tal descubrimiento tuvo la desgracia de toparse con mis agentes antes de que pudiera hacer pública la noticia. Aquel geólogo idiota desapareció a tiempo.

—Está bien, Aranla. No olvido que a ti te lo debo casi todo, pero ahora debemos encontrar esa dichosa nave con su cargamento de taranita para terminar la guerra.

—Es irónico que disponiendo de un planeta rebosante de taranita no podamos iniciar su explotación.

—Hacer tal cosa precisa meses, casi dos años. Además, si se pudiera obtener taranita de Pule II en unos días, sería muy arriesgado. No se podría ocultar tal cosa a la Federación.

—Y tampoco podemos permitir que los habitantes de Pule I dispongan de mucho tiempo para reorganizarse y pasar a la ofensiva.

—Así es. Sería mejor que te marcharas, Aranla.

El director del WSP se levantó. Recogió su capa y dijo:

—Dedicaré todos mis hombres y medios en la localización de la nave perdida, señor. Antes de marcharme visitaré a Hennest. Quiero cerciorarme por mí mismo de que está intentando localizar el navío que nos envió con la taranita.

* * *

—¿Puedo saber por qué me miras de esta forma? —preguntó Karl mientras terminaba de secarse las manos.

Perro movió la cabeza pensativamente.

—Me estás confundiendo desde hace unas horas, Karl.

—¿Sí? ¿Puedes decirme qué motivos tienes?

—Antes no te he dicho nada, pero tú conoces de navegación más

de lo que es lógico en un-hombre dedicado a las relaciones públicas y a vender mercancías. Y ahora me demuestras que tienes conocimientos profundos de medicina.

Y observó a la muchacha que momentos antes había sacado de la urna de congelación. La herida que tenía en el costado izquierdo y mal curada, había sido sajada, limpiada y cosida hábilmente por Karl. Sus manos se habían movido expertamente ante los admirados ojos del ser del Saco de Carbón.

—Es una herida simple —dijo Karl—. Fue alcanzada por un rayo láser. Algo muy aparatoso por la cantidad de sangre que perdió, pero nada importante.

—¿Quién le hizo esa primera cura tan burda?

—Supongo que ella misma. Por la pérdida de la sangre, se debilitó y recurrió a la congelación.

—Debía esperar que alguien vendría a sacarla —susurró Perro.

—Sí, yo lo he pensado también.

—¿Piensas que fue ella quien mató a los seis hombres?

—No encuentro otra explicación. Los fue sorprendiendo, matándolos. Y creo que los últimos en morir fueron los que estaban pilotando la nave. Entonces ella ya estaba herida.

—No hemos visto rastros de sangre en la sala de mandos ni en los pasillos.

—Llevaba una camisa sin poros —dijo Karl mostrándola, tirada sobre una mesa y llena de sangre—. En cierta forma retuvo la hemorragia. La cripta de congelación es automática. La puso en funcionamiento y esperó dentro a que se cerrara. Tuvo que hacerlo si no quería morir desangrada.

—¿Y ahora qué?

—Tengo que despertarla.

—Sería mejor dejarla inconsciente mientras nos largamos. No nos molestará.

—Peligraría su vida, Perro. Ella necesita volver en sí —

Karl tomó un estimulante, inyectándolo en el brazo de la chica,

Perro farfulló algo en su complicado idioma. Luego, en galacto, añadió mientras salía de la enfermería:

—Tenemos que alejarnos de aquí cuanto antes. Mientras tú haces que se recobre, yo lo tendré todo dispuesto para partir.

—No me gustaría largarme sin antes saber que Jara estaba bien. Ella no debe tardar —dijo Karl, mirando a la inconsciente muchacha. Era muy hermosa. Pronto recobraría el conocimiento.

Pero Perro ya no le escuchaba. Karl se encogió de hombros. Reconoció que estaba muy impaciente por saber lo que había pasado en la nave. Sobre la mesa de instrumental estaba la pistola de la chica. Se estremeció al tomarla. Era muy ligera, reluciente. Sacó el cargador. Faltaban seis proyectiles. Se tenía que admitir que era muy buena tiradora, al no haber desperdiciado un solo tiro. Bueno,- si es que era cierto que ella había sido la causante de las seis muertes.

Impaciente, se levantó y llegó hasta el comunicador. Lo conectó con la cabina y preguntó a Perro:

—¿Tardarás mucho? Quiero que me avises antes de partir.

La voz ronca de Perro le respondió:

ˆ¿Deseas darle más tiempo a Jara? Dime cuánto.

Karl pestañeó.

—No lo sé. ¿Te parece una hora más?

—Como tú digas —y escuchó el chasquido que cerraba la conexión. Su intención de volverse quedó interrumpida al sentir la presión de un objeto sobre su espalda.

—Será ahora mismo.

Se maldijo. Karl sintió que el cañón del arma le era retirado. Ahora no sabía a qué distancia estaba la chica. La muy condenada se había despertado antes de lo que pensaba. No se explicaba cómo se hallaba tan consciente como para sólo haber necesitado unos segundos para apoderarse de la pistola y encañonarle.

—Vuélvase muy despacio.

La voz sonaba cansada, aunque muy segura.

Karl se volvió, alzando un poco los brazos, aunque no se lo había pedido.

La chica estaba todavía pálida y parecía respirar con dificultad. El terrestre pensó que se había excedido en la cantidad de estimulante.

—¿Quién es usted? —preguntó.

Karl expulsó el aire que había estado reteniendo en sus pulmones. La chica parecía tranquila. Al menos no había comenzado a disparar sin antes enterarse de quién era él.

—Me llamo Karl Manet y soy quien la ha sacado del congelador. En donde, al parecer, debí haberla dejado, dadas las circunstancias.

—¿Qué hace a bordo? ¿Dónde está su nave y por qué ha entrado?

—Vaya, ha adivinado que no pertenezco a la tripulación de ésta.

—Si lo fuera le habría matado —replicó ella sin pestañear.

—¿Como mató a los seis desgraciados?

—Exacto; pero no debe sentir lástima por ellos, están mejor muertos. Por cierto, ¿dónde están sus cuerpos?

—Los arrojé, al espacio.

—Con la ayuda de su amigo, claro.

—¿Amigo? Estoy solo…

—No soy tonta. Le escuché hablando con la sala de mandos. ¿Cuántos hay además de usted?

—Cinco.

La muchacha se mordió los labios.

—¿Qué pretenden? —preguntó, agitando su cabellera rubia

—Bien, descubrimos una nave al pairo y pensamos que sería un buen botín.

—No le creo. Es una posibilidad muy remota que una nave

encuentre a otra en el espacio, a no ser que supieran el lugar exacto de dónde íbamos a salir del hiperespacio. Ustedes debían saber las coordenadas.

—Sí, una posibilidad entre un billón, pero ha sucedido. Viajábamos en una nave mercante rumbo a Wadel cuando nuestro jefe nos ordenó aguardar un tiempo, hasta que las cosas se apaciguaran en el sistema Magna.

—Estalló la guerra, ¿no?

—Está usted muy enterada para haber dormido unos días.

—Era previsible; pero pensé que no sería tan pronto. ¿Por qué me sacó de la cripta?

—Tengo algunos conocimientos médicos y sabía que podría hacerlo sin arriesgar su vida. Pensé que podría contarme lo que ha sucedido aquí. Soy muy curioso.

—Y ahora se arrepiente de haberlo hecho. ¿Me equivoco?

—De ninguna manera. Para mí sería más práctico que ahora estuviera bien fresquita ahí dentro —y Karl señaló hacia la abierta cripta.

Había pensado que ella miraría y se volvería un poco, pero la chica no cayó en la burda trampa. Se limitó a sonreírle y él observó que el color estaba volviendo a sus mejillas.

—Sólo hubiese necesitado unos días para que hubiesen llegado en mi ayuda.

—Debí suponer que así serla.

—Claro que debió haberlo pensado. De la misma manera que dedujo que yo he matado a esos seis bribones.

—Eso no justifica su crimen.

—Yo no pienso que sea un crimen. Matar seis cerdos no puede considerarse un homicidio.

—Los fue cazando uno a uno, a sangre fría.

—No fue tan sencillo —ella se palpó la herida—. Uno me alcanzó. Ah, debo darle las gracias. Me ha curado maravillosamente.

—Incluso le hice una transfusión de sangre.

—Sí, perdí mucha y apenas tuve tiempo de alcanzar la cripta y conectar el automático.

—Celebro, de todas formas, que se encuentre bien. No las tenía todas conmigo porque es la primera vez que hago algo semejante.

La chica soltó una cantarina carcajada.

—No le creo. Usted es médico.

Karl se encogió de hombros.

—No puedo discutir con usted llevando un arma. Debí haberla descargado cuando la inspeccioné.

—Ahora pensemos en la situación presente ¿A qué distancia está la nave en que llegaron?

—En estos momentos rumbo a Wadel. Nosotros nos quedamos aquí.

Ella arrugó el ceño, no muy convencida.

—¿Cuáles eran sus proyectos?

—Ir a Humbrell y…

—No siga. Conozco ese planeta. Una idea muy acertada. Pero ahora deberán cambiar sus planes.

—Me imagino que querrá ir a otro lugar.

—Sí. Contando con eficientes pilotos no tengo necesidad de esperar a mis amigos. ¿De verdad que hay otros cinco?

Karl asintió con la cabeza, aún no muy convencido si mentir de aquella forma podía beneficiarle o no. Pero mirando a la chica le costaba mucho trabajo imaginársela disparando contra seis hombres.

—Pues diga al piloto principal que venga aquí. Pero cuidado con advertirle que estoy bien despierta y tengo la pistola.

—No se preocupe. He podido observar que tiene una puntería diabólica.

Se dirigió hacia el comunicador. Durante unos segundos se quedó paralizado. El no había hecho la desconexión. Perro tenía que haber estado escuchando todo. Más animado, Karl movió la clavija.

—Soy Karl. Quiero que vengas a la enfermería. Es importante.

La voz de Perro sonó enfadada.

—No puedo. Estamos muy ocupados aquí.

—¿Qué sucede? —preguntó Karl, ya seguro de que Perro estaba al tanto de su situación.

—Esta nave es un lío. Es difícil establecer la nueva ruta. Le diré a Perro que vaya, si te parece. ¿No puedes decirme qué está pasando?

—Es respecto a la chica. Me temo que no despertará nunca más para empuñar una pistola.

—Siempre pensé que eras un chapucero. Perro tratará de enmendarlo con ayuda de Jara.

Karl deglutió dificultosamente, ¿Qué había intentado decirle?

—¿Estás seguro que ella servirá?

—Claro que sí. Todo está previsto. Perro va hacia allí. Jara lo hará exactamente treinta segundos más tarde.

El comunicador cobró silencio. La muchacha fulminó a Karl con la mirada.

—Ha sido demasiada charla. Te volaré los sesos si intentáis algo contra mí.

Se escucharon pasos mesurados por el pasillo. La chica retrocedió hasta dar de espaldas con la vacía cripta. Adelantó la mano armada. Luego indicó a Karl que se hiciese a un lado.

Perro entró tranquilamente. Disimuló una gran sorpresa al ver a la chica despierta y apuntándole.

—Vaya, un humanoide del Saco de Carbón —masculló ella—. Estos tipos se desperdigan por la Galaxia como una plaga. Póngase a un lado, perro hablador. Comprendo que le llamen así. ¿Dónde está la mujer?

—Llegará en seguida —tartamudeó el humanoide.

Perro se acercó a Karl y graznó algo en su lengua, muy quedamente. El terrestre sólo había podido llegar a conocer dos o tres sonidos de la lengua vernácula de Perro. Por fortuna aquél lo identificó.

Había querido decirle peligro, que se agarrase.

Detrás de ellos había tres sillas atornilladas al suelo. Karl se colocó de forma que cuando el choque se produjo, se limitó a dejarse caer en la más próxima. Perro hizo lo mismo.

Vieron como la muchacha saltaba en el aire, gritaba y resbalaba por el brillante suelo de la enfermería, soltando la pistola. El arma se detuvo a los pies de Karl, quien un poco dolorido pese a todo, se agachó para recogerla.

Luego fue hasta la chica y la ayudó a levantarse.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó mirando a Karl.

Encogiéndose de hombros, el terrestre replicó:

—Jara, simplemente. Ella nunca aprenderá a contactar con una nave. Siempre lo hace violentamente. ¿Me equivoco, Perro?

—De ningún modo, Celebro que lo interpretaras todo, Karl. Calculé el momento en que Jara contactaría con nosotros. Hace unos minutos me solicitó permiso para hacerlo. Hemos tenido suerte de que descubriese nuestro faro tan pronto emergió del hiperespacio.

—Es una chica magnífica —aseguró Karl.

—No te alegres tan pronto —miró a la prisionera—. No le gustará lo que verá aquí.

CAPITULO V

—Léalo usted mismo, teniente —pidió el general Khumell a su ayudante.

—Dice: Nave con cargamento no ha aparecido en el lugar indicado en la fecha prevista.

—¿Nada más? Es demasiado escueto.

—Lo firma Aranla, nada más.

—¿Qué supone usted que puede ser ese cargamento, teniente?

—Es obvio, señor. Taranita.

El general asintió. Sorbió el resto de café de su taza.

—Ha hecho un buen trabajo, teniente. ¿Interpretaría usted la situación corno desesperada para nosotros?

—¿Para Wadel señor?

—Sí, claro. Ahora me preocupa Wadel y no su Autarca.

—Está en lo cierto, señor. Oromel ha jugado osadamente. Inició la guerra con un gran derroche de energía, que a todas luces ha debido impresionar al enemigo, e incluso a la Federación. Estamos casi sin reservas. Y a pesar de ello nuestras naves orbitan este planeta y están concentrándose a medio camino de Pule 1. Si esta situación fuera conocida por las fuerzas enemigas sólo necesitarían un mínimo esfuerzo para aniquilarnos.

— Comprendo ahora que Oromel haya anulado su triunfal entrada en Tikala —dijo amargamente Khumell—. Indudablemente, una nave cargada de taranita debía llegar para abastecer las unidades encargadas de asestar el definitivo golpe a Pule I. ¿Qué pasará si esta noticia llega a oídos de los mandos pulenianos?

—Lo que usted teme, señor. Nuestra flota y ejércitos serían aniquilados después de dos o tres horas de resistencia. Aunque los pulenitas no dispongan de muchas reservas deben tener más que nosotros actualmente.

—No, ellos no deben conocer la verdad. Si supieran lo que pasa estarían atacando, seguros de la victoria. La nave con el cargamento puede llegar en cualquier momento.

—Pienso que debió acudir a la cita hace dos o tres días. Si transcurren algunos más y no lo hace, será el fin.

—El fin de Oromel, de sus sueños de poder. Y también, lamentablemente, de Wadel.

—Usted piensa en una solución, general.

—Sí. La única forma de salvar Wadel de las justas iras de los pulenianos sería pedir el armisticio.

—Oromel tiene muchos adictos incondicionales y los que no eran partidarios de su política están entusiasmados por el curso victorioso de la guerra.

—Sí. Tendríamos que obtener pruebas irrefutables para que nos creyeran al decirles que la portentosa jugada del Autarca es un mísero farol.

El teniente Fister echó una ojeada sobre el montón de informes que hasta el momento de su entrada en el despacho, había estado leyendo el general. Por la ventana se filtraban los primeros rayos del día de Magna. La ciudad seguía tranquila, casi desierta.

—El planeta conquistado está en calma, los nativos aún conservan el temor de la represión inicial —dijo Khumell—. El general Kurfion está muy ocupado ahora recorriendo el continente, censando el botín. Me pregunto cuándo se reanudarán las matanzas.

—Recele de Kurfion, señor. Es fiel a Oromel.

—No lo olvido; pero la tropa le odia. Creo que la mayor parte de las divisiones, junto con sus mandos, estarían de mi parte si pudiera convencerles de que aún estamos a tiempo de salvar nuestro planeta, y olvidarnos para siempre de esta locura. Mientras la Federación controle la producción y distribución de la taranita, toda esta parte de la Galaxia tiene que someterse a ella.

Transcurrieron unos instantes tensos. Khumell parecía pensativo, con los ojos entornados. Fister tosió y atrajo su atención.

—¿Desea algo más de mí, señor? —preguntó poniéndose firme.

—No, teniente. Puede retirarse; pero no se aleje. Ordenaré que le preparen una habitación cerca de la mía —sonrió—. No dispongo de muchos hombres en los que confiar plenamente.

—Gracias, señor.

* * *

Jara Keller, apenas se despojó del traje de presión, señaló amenazadoramente a la mujer, ahora vigilada por Perro.

--¿Qué hace esta diablesa contigo? —preguntó a Karl.

La hija del Viejo Mateos no era muy alta, pero muy hermosa. Sus redondeadas formas se mecían dentro del ajustado traje brillante de color dorado.

Karl resopló y procuró ser breve en contar a su novia lo que había sucedido desde que él descubrió la nave. Entonces Jara miró a la chica con una mezcla de temor y respeto.

—¿Cómo se llama? —preguntó Jara.

Karl agitó las manos, desesperado.

—Desde que perdió su fuerza, es decir, su pistola, no abre la boca.

La chica, desde el asiento donde Perro la había obligado a sentarse, replicó:

—Mi nombre es Lauren. Con esto les basta por, el momento.

—Oh, no —sonrió Jara irónicamente—. La policía federal necesitará todos sus datos. Nos dirá también sus apellidos y mundo de origen.

Karl carraspeó para llamar la atención de Jara.

—Cariño, creo que debemos pensar algo más positivo.

—¿Qué quieres decir?

—No podemos ir a un planeta controlado por la Federación. Perro y yo habíamos pensado ir a Humbrell.

—¿A ese cubil de ladrones? Mira, Karl Manet: he dejado la base con mi padre allí hecho un basilisco. No he tomado la nave para reunirme contigo, escuchar esta historia y ahora largarnos a Humbrell, dejando allí en libertad a esta asesina.

—No soy ninguna asesina —dijo muy despacio. Lauren.

Jara se revolvió contra ella, furiosa.

—¿No? ¿Qué le llama usted al hecho de matar seis hombres?

—Hacía un trabajo.

—No me haga reír. Ahora nos dirá que es un agente de Inteligencia Espacial de la Federación.

—Así es. Su intuición, querida, es maravillosa.

Karl y Jara se miraron mutuamente.

—Que lo demuestre —intervino Perro.

Lauren miró al humanoide despectivamente.

—Usted es tonto, tipo lanudo —dijo—. ¿Piensa que iba a meterme en esta nave, ocultarme durante veinte días hasta esperar el momento de intervenir y con mi código de identificación en el bolsillo?

—¿Quiere decir que estaba de polizón? —preguntó Karl.

—Sí. Los seis hombres que maté eran unos rufianes y asesinos. La justicia de la Federación los habría desintegrado apenas hubiese terminado el juicio en el cual serían condenados a muerte cien veces cada uno. Estuve oculta en la bodega durante veinte días alimentándome de concentrados y procurando no dejar rastros que revelasen mí presencia. ¿Me entienden? Lo pasé mal, pero tenía que ser paciente, hasta que la nave saliese del hiperespacio. Sabía que debería esperar en un lugar determinado la señal para....

—¿Por qué no sigue? —la instó Karl.

Lauren se mordía los labios.

—Hablo demasiado. Pero comprendo que ustedes son personas decentes aunque quieran apropiarse de una nave que no les pertenece.

—Es un pecio, y las leyes galácticas me permiten quedarme con ella —protestó Karl.

—Ese es un punto discutible. Estaba yo a bordo, ¿no?

—Un polizón —añadió Jara.

—Soy un agente de la Federación, .cumpliendo una misión.

—¿Qué dase de misión?

—Impedir que esta nave con su cargamento llegase a Wadel.

La estrepitosa carcajada de Karl sorprendió a Lauren. Incluso a Jara, quien le miró alarmada.

—Deje de reírse, estúpido —le espetó Lauren, enfadada.

—¿Qué había en la bodega donde usted se ocultó? —preguntó Karl, aún con lágrimas en los ojos.

—Nada. Era una de las bodegas vacías, apenas un cubículo de dos metros cuadrados. Supuse que allí nunca mirarían.

—¿No miró las otras?

—¿Cómo iba a hacerlo? Podían sorprenderme...

Karl la cogió de la mano, levantándola violentamente de la silla.

—Venga conmigo.

Seguidos por Jara y Perro, llegaron hasta la entrada de las bodegas. Lauren señaló una puerta.

—Ahí estaba oculta.

Más allá estaban las otras puertas que Karl ya había inspeccionado. Hizo que Lauren las recorriera todas. Terminada la visita, la condujeron a la sala de mandos.

La muchacha estaba anonadada. Jara incluso llegó a sentir lástima por ella.

—Está todo vacío, preciosa —dijo Karl—. Sólo en la cocina hay algo de alimentos. Eso sí, esta nave dispone de una preciosa reserva de taranita en sus depósitos.

La faz de Lauren se iluminó.

—¿Qué cantidad? —preguntó.

—Algo más de mil gramos.

—Exactamente, mi! doscientos —contestó Perro.

El desaliento regresó a la expresión de Lauren. Karl se dijo que no estaba disimulando. La consternación de la muchacha era auténtica.

—¿Qué debía haber en las bodegas? —preguntó.

—Taranita —respondió Perro, resoplando.

—Su amigo el canino lo ha adivinado antes que usted —murmuró Lauren—. No es tan tonto como parecía.

Karl hizo chasquear los dedos.

—¡Claro! Esto comienza a tener sentido. Taranita es lo que necesitará el Autarca de Wadel para su guerra contra los mundos Pule. Y usted pensó que esta nave iba repleta del preciado mineral.

—Tal vez se equivocó de nave —suspiró Jara—. Y mató a seis inocentes comerciantes.

Lauren se levantó, sorprendiendo a todos. Estuvo a punto de golpear a Jara, pero la intervención de Karl lo impidió.

—Mi equipo llevaba mucho tiempo detrás de este caso. Sabíamos que un grupo de mercaderes desaprensivos había logrado reunir una gran cantidad de taranita para cedérsela al Autarca Oromel. No cabía equivocación alguna. La nave que debía transportarla es ésta.

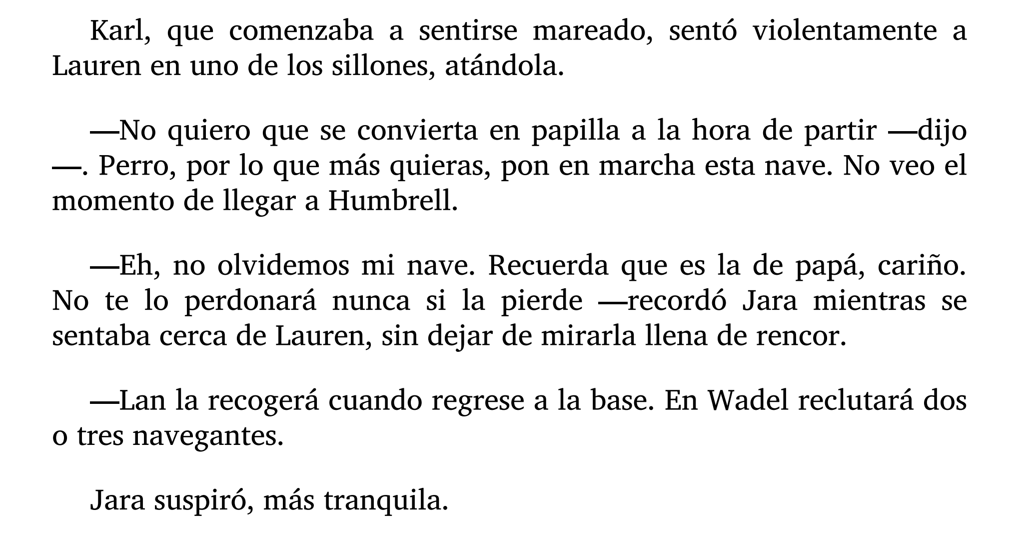
Jara le había escuchado desafiante. Volviéndose hacia su novio, dijo triunfante:

—Tienes razón, cariño; es una pobre loca. La Federación no puede equivocarse tanto. Vayamos a Humbrell y allí realizaremos una buena obra entregándola... —después de una pausa, añadió—: a un manicomio.

Karl resopló, cansado. La rivalidad de las dos mujeres iba en aumento. La travesía no iba a ser muy confortable, a menos que encerrasen convenientemente a Lauren. Las dos féminas podían terminar tirándose de los pelos si seguían juntas.

—Está celosa de mí —silabeó Lauren—. Su novio me importa un rábano. Preferiría hacer el amor con el humanoide antes que ...

—Un momento. Mis sentimientos también cuentan —protestó Perro—. ¿Se olvidan que yo también puedo sentir repulsión por un cuerpo con tan poco pelo? Los humanos son tan orgullosos que se olvidan de los puntos de vista. Hembras humanas, ¡puaf! Están todas locas.



Karl, que comenzaba a sentirse mareado, sentó violentamente a Lauren en uno de los sillones, atándola.

—No quiero que se convierta en papilla a la hora de partir —dijo —. Perro, por lo que más quieras, pon en marcha esta nave. No veo el momento de llegar a Humbrell.

—Eh, no olvidemos mi nave. Recuerda que es la de papá, cariño. No te lo perdonará nunca si la pierde —recordó Jara mientras se sentaba cerca de Lauren, sin dejar de mirarla llena de rencor.

—Lan la recogerá cuando regrese a la base. En Wadel reclutará dos o tres navegantes.

Jara suspiró, más tranquila.

—¿Algún día visitaremos a papá?

—¿Por qué no? —Karl se sonrió—. ¿Sabes que he estado pensando que al viejo le encantará aumentar su flota de cargueros con esta nave? En Humbrell harán legal nuestra propiedad sobre ella. Me admitirá cómo socio.

—Malditos humanos —gritó Perro, enfrascado en los mandos de la nave—. Antes decías que querías volver a la Tierra.

—Para formalizar las cosas nos casaremos, encanto —dijo Karl tornando las manos de Jara—. El viejo me estimará como a un hijo, e incluso nos pagará unas vacaciones en la Tierra.

—Siempre oí hablar de la Tierra, la sede de la Federación, y he soñado muchas veces con visitarla —suspiró Jara.

Perro soltó una sarta de ladridos en su idioma. Karl no entendió nada, pero pensó que estaba un poco enfadado. Se apresuró a decir:

—No olvido tu tanto por ciento, amigo. Obligaré al viejo que te aumente el sueldo.

—Sólo quiero mi parte para regresar a casa, estoy cansado de convivir con humanos locos, que nunca mantienen por mucho tiempo una idea.

—¿Todo listo? —preguntó Karl, viendo como el humanoide estaba a punto de terminar las conexiones.

—Sí. Nos vamos, directos a Humbrell. Dentro de diez días

estaremos allí.

El espacio que les mostraba las pantallas se difuminó, las estrellas palidecieron primero y luego se convirtieron en ráfagas. Segundos más tarde todo lo que podían ver era sólo un borrón grisáceo.

Estaban en el hiperespacio.

* * *

Latme, embajador de la Federación en los mundos Pule, paseaba nervioso en la antesala. Había acudido puntualmente a la cita que solicitó a la presidente. Miró el reloj y mascculló una maldición. Llevaba allí más de treinta minutos.

Resopló y trató de calmarse, ser comprensivo. El densamente poblado mundo Pule I soportaba unas jornadas intensas y repletas de temor.

De su colega en Wadel sólo recibía noticias confusas, que nada le aclaraban ni ayudaban. Seguramente el astuto director de WSP vigilaba estrechamente al embajador de la Federación en el mundo agresor y éste no se atrevía a transmitir nada importante. O, en el peor de los casos, nada positivo había logrado descubrir que mereciera la pena comunicar.

Entró un secretario y le dijo a Latme que la presidente podía recibirle ya.

El embajador cruzó la puerta y anduvo con apresurado paso los metros que le separaban hasta la larga mesa tras la cual estaba sentada, mirándole, la Dama Leara.

—-Señora... —comenzó diciendo Latme.

Dama Leara le atajó con un imperioso ademán. Era una mujer madura y Latme conocía profundamente su carácter autoritario.

—Vayamos al grano directamente, embajador —dijo la mujer. Tenía el rostro cansado y la carencia de maquillaje le daba aquella mañana una vejez más pronunciada—. Siéntese, por favor.

El hombre lo hizo, cruzando las piernas y pretendiendo ver más allá de los-cansados ojos de la Dama.

—Sé que ha contactado con sus superiores, embajador. ¿Qué piensa hacer la Federación ante la agresión que los mundos Pule han sufrido?

—Lo siento, Dama Leara —dijo Latme rehuyendo la mirada de la mujer—. Tal como le anticipé, la Federación no puede intervenir en un conflicto local. El sistema Magna nunca quiso unirse a nosotros y, por lo tanto, nuestras leyes son inoperantes aquí,

—Pero pueden ayudarnos. Necesitamos armas y, sobre todo, taranita.

—En el momento en que estalló la guerra no podemos suministrarles más armas.

—Sólo disponemos de proyectiles ofensivos, que nos enviaron en lugar de más naves y mineral de taranita. ¿Por qué sólo proyectiles de tan grande poder, capaces de convertir Pule II en un desierto?

—No tuvimos tiempo de enviar nada más, Dama Leara.

—Usted miente, embajador.

Latme palideció,

—Señora...

—Repito que miente. Pudieron enviarnos otras armas que misiles. Pero desean que, impulsados por la desesperación ante el futuro ataque de Wadel, no dudemos en bombardear Pule II, que será el único planeta de este sistema que tendremos a tiro dentro de unos días. Durante varias semanas Wadel estará muy lejos, mientras que nuestro mundo hermano surgirá del otro lado de Magna.

—No soy experto en logística guerrera.

—Tal vez usted no lo sea, pero sus superiores saben bien lo que se traen entre manos.

—No puedo responder, señora —la voz del embajador era débil—. ¿Puedo preguntar qué piensa hacer?

—Mis consejeros y yo no lo sabemos. Tendremos que esperar el ataque de los wadelitas. Decidiremos en el último instante. Es muy duro intentar atajar el ataque sacrificando a muchos millones de compatriotas.

—Comprendo. La única forma de atajar el ataque de Wadel es destruyendo Pule II.

—Allí tiene el enemigo concentrada toda su flota de invasión. Embajador, ¿cómo es posible que ellos dispongan de tanta energía?

—No lo sabemos, señora.

—Ellos la derrochan, como si dispusieran de reservas de taranita incalculables, mientras que nosotros apenas tenernos para unas horas de combate a pleno rendimiento. Debemos pensar que ustedes, que la controlan, han sido los suministradores.

—A eso puedo responder categóricamente que no es cierto. La Federación no está interesada en que este conflicto se prolongue.

—Es posible, pero me gustaría saber por qué sólo nos dan la alternativa de arrasar Pule II para vencer al enemigo —el arrugado rostro de la mujer esbozó una ligera sonrisa—. Aunque tal vez sí podríamos responder a las motivaciones de la Federación, que será, al final, la única que gane algo en esta guerra sin arriesgar nada.

—No entiendo...

—Usted parece una persona decente, un dispositivo más de la sucia política galáctica de la Federación. Es posible que dentro de unos días comprenda todas esas cosas, embajador. Ahora puede retirarse. Ya sé que la posición de la Federación es la más cómoda.

Latme se levantó y saludó con una inclinación de cabeza. Se retiró más desanimado que antes. Seguía sin saber qué posición pensaba adoptar Pule I. Aunque no era lo que deseaban sus superiores, el embajador hubiera deseado escuchar de labios de la mujer que consideraban la posibilidad de una rendición

CAPITULO VI

Durante las horas que duró el viaje por el hiperespacio, a propuesta de Perro decidieron bautizar la nave con el nombre de «Aries». Antes de hacerlo bebiendo una botella de vino dulzón que hallaron en la despensa, preguntaron a Lauren si ella conocía el verdadero nombre de la misteriosa nave.

Lauren, más comunicativa, respondió que aquella nave nunca

había sido registrada en planeta alguno. Había embarcado en ella en un lugar desierto de la Tierra, adonde había llegado burlando las vigilancias. Un montón de dinero facilitó las, cosas, consiguiendo la ayuda de una persona que, con toda seguridad, nada sabía de la operación organizada por el consorcio de mercaderes libres.

Después de poner a buen recaudo las armas existentes a bordo, decidieron dejar en liberta/1 de movimientos a Lauren.

Perro afirmó:

—Tardaremos diez días en llegar a veinte millones de kilómetros de Humbrell. Creo que al final terminaremos siendo buenos amigos.

Apenas cinco minutos más tarde, la recién bautizada «Aries» emergía automáticamente al espacio normal.

El humanoide se abalanzó a los mandos, sentándose como si fuera de plomo en el sillón principal. Agitó las ágiles garras sobre el panel, sin saber qué dispositivo accionar.

—¿Qué sucede? —preguntó Karl.

—No puedo creerlo —musitó Perro—. Ayúdame a comprenderlo, Karl.

El terrestre ocupó el sillón adjunto, estudiando los indicadores. Sintió que el corazón parecía querer salirse del pecho. Miró incrédulo a Perro.

—Programé el viaje a Humbrell correctamente e inserté todos los datos en el computador —dijo Perro—. Todo el viaje se realizaría automáticamente. Sólo cuando saliéramos del hiperespacio tendríamos que trabajar de nuevo para conducir la nave, a velocidad normal, hasta la superficie de Humbrell.

—¿Dónde estamos ahora? —preguntó Karl mirando las estrellas, ya nítidas, que mostraban las pantallas. Junto al borde de la de proa comenzó a aparecer el segmento azulado de un planeta.

—Míralo tú mismo —mascculló el humanoide—. Sabes del espacio tanto como yo, maldita sea. ¿Qué conclusiones sacas?

—Que estamos a trescientos mil kilómetros de Wadel.

—Así es. ¡No lo comprendo!

—Es sencillo —dijo Lauren, hasta entonces situada en el fondo de la sala. Sin que nadie la escuchara se había acercado.

—¿Sí? Pues explícalo.

—Esta nave posee un programador principal. La ruta concertada por Perro no ha podido alterarlo. Estaba previsto que a cierta distancia de Wadel saliera del hiperespacio, pero la siguiente ruta estaba dispuesta, no importa que Perro creyera que la nave iba a marchar a Humbrell porque antes tenía que detenerse aquí, a un paso de Wadel.

—Lauren tiene razón —asintió Karl—. La anterior parada debía servir para esperar una orden, tal vez para proseguir el viaje. Es posible que estuvieran intentando ponerse en contacto con la tripulación, pero ésta ya había sido eliminada por Lauren y ella durmiendo para evitar la muerte.

—Bueno, ahora podemos largarnos tranquilamente, una vez cumplido el viaje programado —argumentó Jara.

—Eso estaría por ver —dijo, pensativo, Karl—. El programador principal es inaccesible y no podemos saber si después de este trayecto está desarrollado otro, que no podemos eludir.

—Pero eso sólo concierne a saltos por el hiperespacio —dijo Lauren—. A velocidad normal no tenemos que usar el computador.

—No quiero morir de viejo viajando por el espacio, buscando un mundo. Por medios convencionales tardaríamos cien años.

—Wadel está a sólo cinco horas —dijo Lauren. —Sería una locura bajar en un mundo en guerra.

—La guerra tardará en llegar a Wadel, si es que así ocurre. No hay otra solución. Sólo en la superficie podremos desmontar el programador hermético.

—Preciosa, olvidas que carecemos de documentación —dijo Karl.

—En el astropuerto de la capital de Wadel nadie nos pedirá nada. Allí todo debe estar demasiado complicado. Cientos o miles de naves de mercaderes independientes están entrando o saliendo a toda prisa, deseando terminar pronto las ventas.

—Pero nosotros no tenemos nada que vender —indicó Perro.

Lauren había permanecido callada mientras Jara defendía su idea de descender en Wadel, mordiéndose los labios.

—Además, podemos encontrarnos con Lan y la .«Sagitario». Si las autoridades aduaneras nos ponen dificultades él puede garantizarnos —añadió Jara.

Karl ‘se rascó pensativamente la mejilla.

—No parece haber otra solución —soltó una carcajada—. Y si el viejo Mateos nos ha seguido, la guerra que Wadel sostiene con Pule puede ser una minucia comparada con la que él desencadenará contra mí.

—No olvides que tú serás su futuro socio, además de yerno —rió Jara, estrechando a Karl.

—Bien, Perro, ya lo has oído. Rumbo a Wadel —se volvió para mirar a Lauren—. ¿Qué se siente al ir directamente a la boca del lobo?

Ella respondió con un mohín.

—Corremos cierto peligro, pero no creo que nadie sepa que ésta es la nave que los wadelitas esperaban cargada de taranita. Allí habrá mucha confusión, y las bodegas están vacías.

—Pero disponemos de cierta cantidad de taranita para vender —recordó Perro.

Karl negó vigorosamente con la cabeza.

—De ninguna forma. No es mi deseo contribuir a avivar el fuego de la guerra. Respetemos a Lauren. Si ella no miente y es un agente de la Federación que trata' de impedir un contrabando de taranita yo estoy de acuerdo con tal medida. Odio las guerras.

Perro ya estaba iniciando la aproximación del «Aries» hacia Wadel. En aquel momento aulló el detector, indicando que un objeto se acercaba a ellos vertiginosamente.

Sorprendiendo a todos, Lauren se arrojó sobre los mandos e imprimió un violento movimiento de deriva a la nave. Todos vieron como el misil pasaba a pocos metros de ellos.

--¡Nos atacan! —gritó Jara.

Observaron en la pantalla principal la imagen de la nave agresora. Era un patrullero pequeño, con el emblema de Wadel pintado en sus costados.

—Jara, comunícate con esos cerdos y diles que somos una misión comercial que solicita permiso para descender en Wadel.—dijo Karl.

La chica estuvo intentándolo unos instantes. Desesperada, gritó:

— ¡No quieren recibirnos!

—Y están a punto de disparar de nuevo —gimió Perro.

Lauren terminó de desplazar al humanoide del asiento. Levantó una sección del panel, descubriendo una serie de botones luminosos.

—¿De dónde sale esto? —preguntó Karl,

—Supongo que ahora te convencerás de que esta nave es algo más que un pacífico carguero —replicó Lauren mientras acariciaba el disparador. Echó un vistazo al computador. Hundió furiosamente el botón.

El patrullero wadelita se había estado acercando, confiado de no recibir respuesta a su ataque. El dardo luminoso del potente láser cruzó el espacio y alcanzó a la nave enemiga en la proa, convirtiéndola un segundo después en una bola de fuego que se consumió rápidamente.

—Le has dado de lleno en la pila de protoplasma —silbó Karl.

—Tenía que hacerlo pronto, antes que avisaran a su base —suspiró Lauren.

—¿Por qué nos atacarían?

—Oromel tiene bajo sus órdenes muchos oficiales jóvenes ansiosos por realizar prácticas. Quisieron destruirnos y luego decir que habían acabado con un crucero de Pule. Los que no están en el frente deben sentir unos enormes deseos de ganar medallas.

—¿Qué hacemos ahora? —dijo Perro—. No parece ser una buena idea bajar a Wadel.

Lauren cerró de golpe el panel secreto.

—Chicos, me sois muy simpáticos y no quiero causaros problemas.

¿Por qué no vamos a un mundo controlado polla Federación? Podría conseguir que se os entregara una recompensa por cuanto habéis hecho.

—No podemos desconectar el programador en pleno espacio —repuso Karl—. La única alternativa es descender.. Te prometo, Lauren, que luego nos largaremos adonde tú digas.

Ella asintió y se retiró de la sala de mandos. Dijo:

—Voy a descansar. Estoy que me caigo de sueño. Despertadme cuando hayamos descendido.

Jara adelantó la barbilla. Dijo cuando Lauren hubo marchado:

—Vuelve a parecerme odiosa. Ya se cree que la nave le pertenece y nosotros somos su tripulación.

Karl la tomó por los hombros y la besó.

—Aunque la aborrezcas más, tengo que admitir que tiene razón. Esta es una nave contrabandista que debía transportar algo muy valioso. De otra forma no estaría armada con proyectores láser de tanta potencia.

—La miras demasiado, Karl.

—¿Celos?

—¡Claro que no! Pero no sé exactamente cuándo la hiciste volver en sí. Tal vez habéis estado demasiado tiempo solos.

—Pero estaba...

—Sí, en la sala de mandos. Me pregunto qué hizo ella para sorprenderte de forma que se apoderó de la pistola

—Besarme...

Karl detuvo. Ya mano de Jara que iba en dirección a su mejilla. Se miraron fijamente y luego ambos estallaron en carcajadas, para concluir besándose.

Desde su asiento de pilotaje, Perro sólo escuchó ¡os besuquees, pero era suficiente para imaginarse la escena. Musitó en voz baja:

—Estos humanos...

* * *

El astropuerto de la capital de Wadel era un manicomio. Continuamente aterrizaban y partían cargueros de todas partes de la Galaxia. Todo el mundo se apresuraba a descargar las mercancías, cobrar y largarse. Pero los trabajos eran lentos y muchos capitanes se desesperaban en las pistas, aguardando las grúas y camiones para vaciar sus bodegas.

Un cansado oficial de aduanas conversó con Karl. AS principio se mostró extrañado ante la ausencia de mercancías para vender. El terrestre le explicó que ellos ya habían descargado las bodegas, pero que apenas estaban a cierta distancia de Wadel cuando percibieron una avería y se vieron obligados a regresar.

—Les enviaré un equipo de reparaciones —dijo el oficial, bostezando.

Karl dijo que no, que ellos podían encargarse de la avería, la cual resultaba bastante simple. Todavía no lograba sobreponerse a su sorpresa ante la nula curiosidad del aduanero por inspeccionar los papeles, ni constatar si era cierto que ya anteriormente había estado en el astropuerto.

—Estupendo —asintió el aduanero—. Han tenido suerte de que no se tropezaran con uno de nuestros patrulleros. Ya veo que es el indicador el que tienen averiado. Lo descubrí desde la torre de control cuando descendieron. ¿Se marcharán pronto?

—Sí, cuanto antes.

Cuando se hubo marchado el aduanero, Karl tragó saliva trabajosamente. Ahora comprendía el ataque del patrullero. Todos desconocían que existía un código óptico para acercarse al planeta, sin el cual eran atacados sin mediar aviso alguno. El aduanero debió dar por bueno que ellos apenas se habían alejado de Wadel, ya que en caso contrario, habrían sido interceptados por la vigilancia y destruidos.

Cuando hubo contado la conversación que sostuvo con el aduanero a sus amigos, Perro dijo:

—Es cierto. Ahora recuerdo que Lan me- advirtió que al aproximarnos a Wadel debíamos identificarnos por radio y luego proseguir, cuando desde la torre de control del astropuerto nos otorgaran un código de identificación para pasar a través de los patrulleros.

—Magnífica memoria la tuya —gruñó Karl—. Bien, no perdamos el tiempo. Tenemos que desbloquear el programador y largarnos antes de que los aduaneros sospechen de nosotros.

—De eso puedo encargarme yo solo.

—Magnifico, Perro — Jara—. Mientras tanto nosotros podemos echar un vistazo por el campo. Es posible que- encontremos aún a Lan y la «Sagitario».

—Yo iré con vosotros —dijo Lauren.

Jara la miró. Antes que pudiera decir que ella no debía abandonar la nave e incluso debía ser encerrada, Karl argumentó:

—Será lo mejor. Si Lauren es lo que dice ser, el peor lugar para quedarse ella sería Wadel

.— ¿Y si aprovecha para huir? —preguntó Jara aún desconfiada.

—Entonces nos marcharemos sin ella.

—Ojalá se escape —replicó Jara, pasando altanera delante de Lauren.

El caos existente en el astropuerto era mayor a medida que se adentraban en las pistas más próximas a los descargaderos. Utilizaron las cintas deslizantes para desplazarse, mezclados entre trabajadores y montones de contenedores.

Jara saltó jubilosa y señaló hacia una pista. Allí estaba el «Sagitario», semioculto por un gigantesco carguero wegano.

Saltaron a otra cinta que les dejó a escasos metros de la pista ocupada por el Sagitario. Circunvalaron el carguero wegano y terminaron corriendo los metros que les separaban.

Fue como si chocaran contra un muro de cristal al detenerse brutalmente en su alborozada carrera. Rodeado de un montón de soldados vieron a Lan, esposado y empujado sin consideración alguna

hacia el vehículo.

Jara, impulsiva, no pudo reprimirse y gritó el nombre del piloto de su padre.

Los soldados se volvieron, apuntándoles con sus armas. Jara se mordió los labios, reconociendo su error. Ya era tarde para escapar.

Una lúgubre figura vestida de negro, dijo desde el interior del vehículo, señalándolos:

—Deténganlos también; parecen conocer al sospechoso.

Los soldados rodearon a las dos mujeres y al hombre. Fueron empujados al interior del vehículo, una caja cerrada con una débil luz en el techo. Los hicieron sentar en los sillones centrales y la tropa se acomodó a su alrededor. Se cerró la puerta y desde Ya cabina delantera, en dónde viajaba el hombre vestido de negro, el conductor le preguntó:

—¿A la sede central, señor Aranla?

—Sí, y deprisa.

Mientras el vehículo arrancaba, Lauren musitó a sus amigos:

—Estamos perdidos. No se trata de estúpidos aduaneros. Hemos caído bajo el poder de Aranla, director del WSP.

Jara tornó las manos del consternado Lan, preguntándole:

—¿Por qué te han detenido?

—No estoy seguro, pero me temo que tu padre ha sido atrapado también, Jara y...

—¡Silencio! —gritó un suboficial alzando su láser, amenazando con golpearles.

Durante el resto del viaje nadie se atrevió a abrir la boca.

* * *

Aranla no permitió excesivas efusiones paternales cuando Jara se abrazó con su padre. El responsable de la WSP mostraba evidente nerviosismo. En la amplia sala donde habían sido reunidos, una docena de soldados armados con fusiles láser y látigos electrónicos esperaban expectantes la mínima orden de su superior.

Viejo Mateos dirigió a Karl Manet una mirada furiosa, que luego, ante la demanda silenciosa de su hija, trocó por otra más amistosa. Incluso se disculpó ante Jara, susurrándole:

—Lo siento; creo que yo lo he estropeado todo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Jara en voz baja.

Pero Aranla la había oído. Adelantó unos pasos y respondió:

—El señor Keller ha sido explícito conmigo mientras esperábamos que nos trajesen al piloto Lan del «Sagitario» . Celebro que otras personas estén también aquí, sobre todo la bella Jara Keller, por la que su padre estaba tan preocupado. Tanto, que hizo un largo viaje para rescataría de un seductor que quería apartarla de sus paternales brazos.

Miró a Karl fijamente, esbozó una sonrisa y siguió hablando, dirigiéndose a todos en general.

—Pero los problemas familiares no son los míos. En estos momentos, mis hombres están intentando localizar una nave que pertenece a Wadel. La buscan en el espacio cercano o en los puertos espaciales, perdida entre las miles que han llegado últimamente. He ordenado que no salga ninguna hasta que sea encontrada y también que mis patrulleros orbitales no disparen contra ninguna que sea sospechosa.

Karl deglutió sintiendo una tremenda aspereza en la garganta. ¿Cuánto tiempo tardarían en saber que uno de los patrulleros había sido destruido por ellos?

—Será mejor que les aclare algo para satisfacer su curiosidad —continuó Aranla—. Alguien llamado Hennest estuvo intentando durante muchas horas contactar con una nave que había perdido y que resultaba muy importante para nosotros. Al parecer en un momento sus ocupantes, que no eran por cierto los que debían ser, abrieron el comunicador y conseguimos establecer la posición en la que sus auténticos tripulantes debían esperar órdenes y que nos era desconocida por medidas de seguridad.

»Pero cuando nuestras naves llegaron allí sólo encontraron un pequeño yate y otro carguero, desconocido, viejo y procedente de un sistema lejano. A bordo hallamos al señor Keller, quien no dudó en contar a mis hombres que había acudido allí porque un carguero suyo, con destino a Wadel, había permanecido en aquel lugar durante dos o tres días esperando que las cosas se calmaran en este planeta.

»También añadió la historia de la fuga de su hija en el yate vacío y el amor de ésta por un tipo llamado Karl Manet. Mateos Keller fue conducido hasta este edificio y aquí terminó de contármelo todo. Al darnos los datos de su carguero, el «Sagitario», ordené que fuera confiscado. Fue a tiempo, cuando estaba a punto de marcharse una vez vendida la mercancía y después de enrolar una tripulación.

Se acercó a Lan, preguntándole:

—Los tres hombres que contrató contaron a mis hombres que usted tenía proyectado detenerse a cierta distancia de Wadel, lejos de la vigilancia de mis patrulleros, para recoger un yate propiedad de su jefe, el mismo en que viajó la señorita Keller y junto al cual estaba el señor Keller. ¿Es cierto?

Lan se limitó a asentir con la cabeza.

—Es suficiente por ahora que diga sí en silencio —dijo Aranla—. Karl Manet y un humanoide le dejaron porque descubrieron un pecio. Decidieron quedárselo y venderlo en algún lugar de la Galaxia, ¿me equivoco?

El piloto miró desesperadamente a Karl, preguntándole con la mirada lo que debía responder. No se percató de un gesto de Aranla, un soldado se acercó y le golpeó brutalmente con la culata de su fusil. Lan cayó al suelo y una bota le obligó a caer de nuevo cuando intentaba incorporarse.

—No sea tonto, piloto Lan —susurró suavemente Aranla—. Su situación no le permite gestos heroicos. Tengo medios eficaces para hacerles hablar a todos, pero muy dolorosos para ustedes. ¿Por qué no nos ahorrarnos malos momentos y tiempo siendo sinceros conmigo ahora?

—Sí, es cierto —respondió Karl, avanzando un paso. Enseguida un fusil le cortó el camino en dirección a Aranla—. Estoy cansado de este asunto. ¿Podemos confiar que seremos libres si colaboramos?

Aranla se acarició el afilado mentón.

—Sí, por qué no. Una vez que la campaña bélica termine, no serán peligrosos por mucho que sepan. Sólo serán retenidos unas semanas en Wadel, digamos como huéspedes de! gobierno del Autarca Oromel.

—Perro y yo queríamos llevar la nave que encontramos a Humbrell para que fuera nuestra legalmente. Estábamos a punto de partir cuando se aproximó el yate de la señorita Keller. Luego nos dirigimos hacia aquí.

Aranla indicó a Lauren.

—Todo encaja, menos esta mujer. ¿Quién es?

Karl palideció. No había contado con integrar a Lauren en aquel rompecabezas. Jara dijo:

—Es mi amiga. Venía conmigo. Karl se enfadó mucho al verla pero le dije que ella venía con nosotros o yo me volvía a casa.

El terrestre dejó escapar lentamente el aire de sus pulmones. De soslayo vio que el color retornaba a las blancas mejillas de Lauren. Jara valía una fortuna, pensó. En aquellos momentos la habría abrazado con fuerza.

—¿Es cierto, señor Keller? —preguntó Aranla al viejo.

Mateos tosió secamente.

—Por supuesto que sí. Esa mujer prestaba su casa para los encuentros amorosos de mi hija y ese condenado terrestre.

Un soldado entró en la estancia y se paró ante Aranla.

—Señor —dijo—, ha sido localizado el carguero. A bordo hemos hallado un humanoide con apariencia de perro gigantesco.

—Es nuestro piloto —dijo Karl—. Su nombre es Perro, sencillamente.

—Cállese —replicó Aranla—. Siga, soldado. Por la presencia del humanoide del Saco de Carbón parece que es nuestra nave. ¿Está seguro?

—El oficial al mando de la patrulla ha acordonado la nave. Un aduanero afirmó que hace poco tiempo la inspeccionó. Le dijeron que ya había estado en Wadel, pero que regresaron para reparar una avería.

—Le mintieron. El aduanero será castigado por crédulo — escupió Aranla—. ¿Es verdad que estaba trabajando el humanoide?

—Sí, señor. El oficial ha comunicado que sorprendió al humanoide terminando de montar un aparato llamado programador, en el cual había borrado una serie de vuelos impresos con anterioridad.

—¿Inspeccionaron la nave? —preguntó Aranla, tenso.

—No lo sé, señor. Sólo había a bordo el humanoide.

Aranla llamó al oficial encargado de! pelotón.

—Volvamos al astropuerto. Nos llevaremos a los prisioneros . Que sea llamado Hennest para que se reúna con nosotros inmediatamente. Supongo que ya estará en Wadel.

El director del WSP parecía eufórico.

Mientras eran conducidos de nuevo al exterior, Karl pensó que sería mejor para ellos no estar tan cerca de Aranla cuando éste descubriera que las bodegas estaban vacías. Mientras eran embarcados en el mismo vehículo que les había traído a la sede de la organización, escuchó decir a Aranla a un comandante:

—Quiero que el Autarca sea informado de que el cargamento se halla en nuestro poder. Sin perder tiempo iremos a Pule II, en donde nos espera.

Vio subir a Aranla en otro vehículo, más veloz y elegante. Luego, la comitiva emprendió el regreso al puerto espacial.

CAPITULO VII

El teniente Fister dijo:

—Malas noticias, general. El Autarca ya dispone del cargamento.

El general Khumell apretó las mandíbulas. Había estado afeitándose. Soltó la crema depilatoria y se secó Ya cara con una toalla que arrojó furiosamente al suelo.

—¿Qué ha sucedido?

—El mensaje de Aranla sólo decía que él trae personalmente a Pule

II la nave con el cargamento. A bordo de un transporte de desembarco, sellada. Vienen tan aprisa que pueden hacer volar la pila de protoplasma.

—¿Y Oromel?

—Estaba en una base intermedia y partió en seguida. Llegará en unos minutos, y dentro de un par o tres de horas, lo hará el transporte con la nave en cuestión, señor.

Khumell terminó de ponerse la casaca, ayudado por el teniente. Se ajustó el correaje.

—El general Kurfion irá a recibir a su amo. Esto le mantendrá ocupado, teniente. ¿Todos los hombres de confianza están dispuestos?

—Sí. Algunos sólo han consentido en unirse a la rebelión porque le creen a usted, que les aseguró que la taranita no llegaría nunca. La actual situación puede hacerles cambiar de parecer.

—Eso será si les damos tiempo. La noticia de que han encontrado la nave con el cargamento sólo la conocernos nosotros. Si atacarnos pronto, antes que el Autarca ordene distribuir el mineral a las unidades de ataque a Pule 1, podremos triunfar. Y la mayor parte de los oficiales, con taranita o sin ella, están deseando acabar con esta loca aventura.

El teniente intentó dibujar una sonrisa de ánimo.

—Se hará como usted ordene, señor.

—Entonces transmita la consigna. Que todos los encargados estén en comunicación con el astropuerto. Apenas el transporte penetre en Ya atmósfera de Pule II, comenzará el ataque. Si actuamos deprisa, no habrá muchas víctimas.

Al quedarse solo, el general revisó la carga de su pistola láser. En el piso inferior, le aguardaban varios oficiales conjurados. Con algunos soldados podrían apoderarse del edificio en unos minutos, sin que trascendiera al exterior lo que estaba pasando.

Luego, sólo tenían que esperar el momento. Las naves estarían dispuestas al ataque y las unidades blindadas que debían ser desembarcadas en Pule I, rodearían el puerto del espacio donde aterrizaría el crucero insignia del Autarca y el transporte.

* * *

—El Autarca no nos esperará en Pule II —dijo Aranla a Hennest—-. Ha ordenado a su crucero que nos espere en una órbita próxima al planeta. Allí se trasladará al transporte y entonces descenderemos.

—¿Por qué? —preguntó el obeso mercader terrestre.

Aranla se encogió de hombros.

—No soy quién para preguntar al Autarca los motivos que le impulsan a actuar así. Oromel nos espera en el punto fijado. La sala de mandos me ha comunicado que dentro de unos minutos estará a bordo.

Hennest paseó nervioso por la cabina que servía de despacho privado de Aranla.

—Hemos debido revisar la nave, Aranla.

—El Autarca nos ordenó sellarla tan pronto supo que estaba en nuestro poder.

—¿Y la tripulación? ¿Dónde están mis hombres?

—El terrestre Karl dijo que los encontró muertos.

—¿Asesinados? ¿Un accidente?

—Un accidente. Una fuga de aire produjo una descompresión súbita y todos murieron. Por supuesto, debió ocurrir mientras esperaban el aviso para acercarse a Wadel.

—Esto es absurdo. No puedo creerlo. Me aseguraron que eran los hombres más capaces.

—¿Los conocía?

—No. Mis colegas lo arreglaron todo. Se adquirió la nave especialmente para esta misión y acondicionó con armas ocultas.

—¿Armas? ¿Quiere decir que la nave que transportamos lleva proyectores láser?

—Creo que sí. De todas formas me hubiese gustado ver los cadáveres que el terrestre Manet dijo haber lanzado al espacio.

—Es curioso —dijo Aranla pensativamente—. Esa nave penetró en Wadel inexplicablemente. Al no disponer del código luminoso debió ser interceptada por uno de nuestros patrulleros y derribada sin más. Creo que debemos averiguar si el proyector láser fue disparado, y en caso afirmativo sabré quién ha destruido el patrullero que damos por perdido. Los prisioneros lo pagarán caro.

—¿Es cierto que piensa dejarlos libres cuando acabe la guerra?

Aranla soltó una sonrisita divertida.

—Será el Autarca quien decidirá lo que hagamos con ellos. Nuestro futuro imperio necesitará muchos esclavos para extraer el mineral de taranita en Pule II. Pero no creo que vivan. Son ciudadanos de la Federación, y podrían causar molestias. Sus muertes pueden quedar justificadas plenamente en tiempo de guerra.

Una luz intermitente llamó su atención sobre la pequeña mesa. Giró el conmutador y una voz dijo:

—Señor, en estos momentos está penetrando en el transporte el crucero del Autarca.

—Iré directamente al hangar donde está custodiada la nave.

Se levantó e indicó a Hennest que le siguiera. Fuera de la cabina, dijo al soldado que montaba guardia:

—Los prisioneros deben ser conducidos al hangar 3 — luego explicó a Hennest—: el Autarca deseará verlos cuanto antes.

Anduvieron presurosos por los largos pasillos de la gigantesca nave de transporte. Descendieron varios niveles y penetraron en el hangar fuertemente custodiado por varios soldados. Las potentes luces incidían sobre la estructura brillante del carguero.

Un altavoz anunció:

—El Autarca acaba de entrar. Se dirige al hangar 3.

Por una puerta lateral penetraron los prisioneros esposados y rodeados de soldados. Aranla frunció el ceño y ordenó que fueran liberados. El Autarca no debía pensar que ellos temían la presencia de

aquel grupo visiblemente asustado.

La entrada del Autarca sorprendió a Aranla. Llegaba solo, caminando apresuradamente. Se adelantaron a recibirle.

—Bienvenido a bordo, señor —saludó Aranla.

Hennest sonrió ladinamente y comenzó a extender su mano. Pero Oromel desvió la mirada. Sólo tenía ojos para el carguero.

—Quiero ver la mercancía —dijo. Se percató de Ya presencia de los prisioneros e interrogó a Aranla con la mirada.

—Son los implicados en la desaparición de la nave, señor. He decidido traerlos para que sean juzgados por usted.

—Podía haberse ahorrado la molestia. Que los maten.

—Son ciudadanos de la Federación.

—Es igual. Testigos molestos, de todas formas.

—Tiene razón, señor. Serán ajusticiados cuando descendamos.

Aranla calculó que el transporte tardaría escasamente diez minutos en posarse sobre la superficie del astropuerto cercano a Tikala, en donde el general Kurfion debía estar esperándoles. Pensó que en esta ocasión el Autarca sí podía realizar su entrada triunfal en la capital de Pule II.

Se imaginó al general Khumell. Sus agentes le habían informado que no podía fiarse de él. Si no lo había eliminado antes, era porque durante una guerra había que ser cauto. Pero ante el éxito de su misión no le costaría nada conseguir que el Autarca firmase Ya sentencia de muerte de Khumell, quien no podría sospechar en aquellos momentos, como administrador de la ocupada Tikala, que sus horas estaban contadas.

Oromel se dirigía hacia el carguero, deteniéndose ante la puerta para que Aranla rompiera los sellos, lo cual hizo después de indicar a su oficial que nadie debía seguirlos al interior. El secreto que guardaba aquella nave era demasiado importante.

Mientras entraban, Aranla se preguntó si los hombres que la habían conducido a Wadel habían descubierto la clase de cargamento que transportaba. ¿Cómo es que no los había interrogado al respecto?

Un sudor frío le recorrió el cuerpo.

Hennest solicitó permiso al Autarca para adelantarse, conduciéndoles directamente a las bodegas.

En el hangar, los prisioneros habían observado la llegada de aquel hombre de brillante uniforme y como, junto con Aranla y aquel gordo jadeante, habían desaparecido en el interior de la nave.

Los soldados estaban demasiado impresionados por la presencia del Autarca y no parecían muy indispuestos con ellos. Cuando comenzaron a murmurar entre sí no se opusieron.

—Ese tipo lleno de medallas es el Autarca Oromel —dijo Viejo Mateos.

—Estallará como una bomba cuando descubra que a bordo sólo existe la taranita de la pila protoplásmica —jadeó Karl.

Se volvió para mirar a Lauren. La chica ofrecía una expresión extraña en ella.

—Debí hacer caso a mi familia cuando me aconsejó que no me marchara con los humanos —se quejó Perro—. De ésta no saldremos.

—Debimos haber intentado escapar cuando aún estábamos en Wadel —se lamentó Lan—, Ahora es imposible.

Viejo Mateos tornó a su hija por los hombros, estrechándola.

—Lo siento, pequeña. Si no hubiera sido tan terco no estarías en esta situación. No debí haberme inmiscuido en tus asuntos ni haber enviado a Karl a Wadel. Demonios, ni siquiera he querido aprovecharme de los precios altos para hacer un buen negocio en este maldito mundo.

—Aún no estamos muertos, querido suegro —sonrió Karl, intentando animar a los demás.

—Si esos salvajes no te matan junto a nosotros, lo haré yo con mis manos —rezongó Keller.

—Oh, vamos, papá. Este no es momento para decir tonterías —protestó Jara.

Lauren se acercó a ella, sonriéndole.

—Gracias por haberme salvado, querida.

—No vale la pena. ¿De qué va a servirnos ahora?

—Lo hubiera pasado mal en manos de Aranla si hubiera sabido quién soy.

—En realidad, todavía no estamos seguros. Es más, tú eres mi amiga. No lo olvides.

Lauren tomó las manos de Jara y las apretó con fuerza. Dijo . .

—Te aseguro que Karl sólo me despertó para satisfacer su curiosidad, y yo le sorprendí cuando hablaba con Perro.

—¿Qué te creías? Yo estaba segura de que no había ocurrido nada entre vosotros.

—¿De veras? ¿Cómo estás tan segura?

—No eres su tipo.

Ambas rieron nerviosamente y Perro lanzó uno de sus roncos suspiros.

—Los humanos están chiflados, pero sus mujeres están peor.

Callaron súbitamente. Oromel estaba bajando de la nave, terriblemente pálido. Empuñaba un láser y se dirigió hacia ellos. Aranla empujaba sin consideración alguna al gimoteante Hennest.

—¿Qué han hecho con el cargamento? —preguntó roncamente.

Karl se colocó delante de sus compañeros.

--No había ningún cargamento en la nave —respondió.

—Mientes. Ese perro —señaló a Hennest, de rodillas en el suelo y demacrado por el miedo— jura que en la nave había un valioso cargamento de taranita.

—Admito que a bordo existe una carga más que anormal para un carguero de este tipo, pero las bodegas estaban vacías cuando encontramos la nave —insistió Karl, sin dejar de mirar los movimientos nerviosos que hacía el Autarca con el arma, delante de sus ojos.

—¡No es cierto, señor! —gimió Hennest—. ¿Corno Íbamos a enviar una nave vacía? Tenía que estar loco. Somos los más interesados en culminar los pactos...

—Es lógico —admitió el Autarca—. Ustedes debieron transbordar la mercancía a otra nave.

—¿Y venir luego a la boca del lobo? —sonrió Karl—. No somos tan locos. Esa nave tenía programadas una serie de rutas, inviolables. No sabemos cuántas más había cuando Perro anuló el programador. Teníamos intención de llevar la nave a Humbrell, para venderla, o conseguir una documentación falsa que nos permitiera recorrer la Galaxia impunemente.

Oromel se volvió hacia el aterrorizado Hennest.

—¿Qué dices a eso? No le falta razón. La nave llegó al punto de espera directamente desde la Tierra. ¿Es que he pactado con unos imbéciles?

—Señor, yo...

Al tiempo que lanzaba una imprecación, el Autarca disparó contra el agitado y tembloroso cuerpo de Hennest. El prolongado haz mortífero cortó el cuerpo en dos, derrumbándose sobre un gran charco de sangre.

Retirándose unos pasos, Oromel dijo a los prisioneros:

—Haré lo mismo con todos vosotros, uno por uno, hasta que alguien me diga algo que me complazca.

—Señor —dijo Aranla, titubeante—. La identidad de todas esas personas está comprobada, excepto una.

—¿Quién es?

—Soy yo —dijo Lauren, desafiante—. Gracias a mí tu plan se ha venido abajo, tirano.

—Debe ser un agente de la Federación, señor —dijo Aranla.

—¿Por qué no la has interrogado?

—No hubo tiempo, señor. Pero podernos hacerlo ahora.

—Tal vez ella nos diga lo que hizo con la carga.

—Viajé oculta en la nave. Al detenerse en el espacio, maté a los tripulantes y arrojé la carga al espacio. Estaba herida y recurrí a la cripta de inanición. De allí me sacaron los terrestres. Yo les engañé diciendo que pertenecía a la tripulación, que fuimos atacados por piratas, que se retiraron al no encontrar nada de valor y no poder disponer de la nave porque ellos averiguaron que estaba programada su ruta.

—Mentira sobre mentira —dijo Aranla—. Sigue mintiendo. Lo que cuenta es ilógico. Trata de proteger a sus amigos, a los que ha involucrado en esta aventura.

Oromel asintió.

—Si está dispuesta a morir por salvarlos, quiere decir que los aprecia. Veamos hasta qué punto. Será interesante conocer su reacción mientras los voy matando lentamente.

—Aún estás a tiempo de evitar más muertes, Oromel. Solicita el armisticio a Pule I y ordena evacuar el planeta ocupado —dijo Lauren.

—Ya no es posible rectificar. Me sería imposible evitar una revuelta en mi mundo si retorno derrotado —negó Oromel con la cabeza—. Comenzaré con la muchacha, la hija del viejo. Sé manejar un láser y mi habilidad me permitirá irla cortando en pedazos, hasta que sólo quede ileso el tronco.

Karl intentó saltar sobre el Autarca, pero dos soldados le sujetaron por los brazos. Más hombres intervinieron inmovilizando a los prisioneros. Jara fue agarrada fuertemente y apartada de los demás. Los soldados la obligaron a separar sus brazos del cuerpo, procurando apartarse de ella cuanto pudieron para evitar los disparos.

Muy despacio, el Autarca empezó a alzar la pistola y tomar puntería. Ni siquiera le alteró el altavoz cuando anunció que el transporte estaba descendiendo sobre el astropuerto.

Viejo Mateos y Karl se debatieron, y los soldados comenzaron a golpearles con sus armas. Perro era quien más tranquilo se había mostrado y estaba poco vigilado. Sorprendió a los soldados y saltó sobre Oromel.

Pero el Autarca, calmosamente, le disparó mientras estaba dando el salto. Perro cayó al suelo, revolcándose de dolor. La mortífera luz del láser le había alcanzado en una pierna. La herida no era mortal,

pero suficiente para dejarle fuera de combate.

—Luego me ocuparé de ti, maldito humanoide —mascullÓ Oromel, volviendo a apuntar hacia Jara.

El transporte podía descender sobre un planeta sin que una copa de cristal resbalara de la mesa, por lo que al sentir las vibraciones, todos los presentes en el hangar alzaron sus cabezas inquietos.

A continuación, se escucharon estruendos y el piso de acero pareció iniciar una danza asincopada.

Las sirenas comenzaron a aullar y el altavoz gritó:

— ¡Es un ataque! Nos están atacando desde diversos puntos. Todo el mundo a sus puestos para reemprender la ...

Calló de pronto, después de escucharse un crujir de metales.

—Han alcanzado la sala de mandos, señor —dijo Aranla.

—Es posible que los pulenianos del otro planeta estén atacando — tartamudeó el Autarca, hasta entonces tan seguro de sí mismo.

—¿Es que no lo comprende, señor? —dijo Aranla—. ¡Es una rebelión! Siempre le aconsejé que defenestrara al general Khumell.

El piso seguía temblando y algunos comenzaron a perder el equilibrio. Karl se deshizo de sus soldados y golpeó a uno de ellos en la mandíbula con el rifle, que le arrebató. Escuchó la rotura de huesos. Disparó contra el otro, cortándole la cabeza limpiamente.

La confusión en el hangar era demasiado grande. Algunos soldados iniciaron la huida cuando una gran sección del techo del hangar empezó a desplomarse. Lan recogió otro rifle del suelo y dio buena cuenta de tres sicarios de Aranla que, reaccionando, estaban dispuestos a disparar contra el disperso grupo de prisioneros.

—Corramos a la nave —gritó Lauren, empujando a Jara, a quien había liberado golpeando con vertiginosos movimientos de sus piernas a los dos hombres que aún la sujetaban.

Viejo Mateos ayudó a Perro a incorporarse, quien, renqueante, corrió a la nave. Karl cubrió la retirada. Disparó dos veces contra el Autarca, pero el humo denso y asfixiante que entraba en el hangar no le permitió verlo.

Algunos disparos se estrellaron en el suelo a pocos centímetros de sus pies. Aranla, surgiendo de entre el humo, trataba de impedirles alcanzar el refugio de la nave.

De abajo hacia arriba, Karl le disparó. Tuvo que cerrar los ojos al ver como el despedazado cuerpo del dirigente del WSP se desmembraba antes de caer. Había movido el arma, sin cesar de apretar el gatillo, en un zig-zag mortal para el despiadado Aranla.

Desde la entrada de la nave, Lan y el viejo disparaban rabiosamente, consiguiendo que Karl Íes alcanzase incólume.

Jara socorría a Perro y Lauren se reunió con ellos. También empuñando un arma que había conseguido arrebatar a un soldado muerto.

—¿Qué demonios está pasando? —preguntó Karl a la chica—. ¿Es que todo el mundo se ha vuelto loco?

—No teníamos mucha confianza en el general Khumell de que se decidiera a alzarse contra la tiranía de Oromel, pero por suerte para nosotros lo ha hecho en el momento oportuno.

—Sí, pero si siguen disparando contra nosotros estamos listos.

—Tienes razón —asintió Lauren—. Saben que a bordo está el Autarca, e intentarán hacer añicos este transporte.

Prestó atención a los disparos. Aunque el transporte seguía siendo alcanzado, los impactos no eran tan seguidos como antes.

—El fiel Kurfion debe estar reaccionando, aún deben quedar tropas que le obedezcan. Si logra resistir lo suficiente para que lleguen refuerzos adictos a Oromel, la rebelión fracasará.

—¿Y qué podemos hacer? Por tu cabeza chiflada está pasando una idea...

—Lo has adivinado. Tenemos que ir al puente de mandos o lo que quede de él para avisar a Khumell para que cese de dispararnos. Tiene que enviar tropas de asalto.

—No te hará caso. ¿Qué pueden importarle a un general rebelde, nervioso, unas personas ajenas a su causa?

Lauren sonrió con firmeza.

—Me hará caso. ¿Me acompañas?

Habían dejado de dispararles. Karl miró a Jara. Estaba demasiado ocupada conteniendo la hemorragia de Perro. Mejor. No quería discutir con ella. Y a lo peor quería seguirle. Recomendó a Lan que íes cubriese y saltó de la nave, corriendo entre el humo detrás de Lauren.

Tropezaron con algunos cuerpos. Karl dijo:

—Nunca encontraremos el puente de mandos en una nave tan gigantesca como ésta.

—Yo sé dónde está. No olvides que este transporte ha sido construido en la Federación y vendido por mercaderes desaprensivos a Oromel.

Pasaron por debajo de una sección de! techo que aún no había terminado de ceder. Con escalofrío, Karl vio que parte de la nave donde estaban refugiados sus amigos estaba aplastada. Afortunadamente, era en la popa, lejos de la entrada desde donde disparaban.

Lauren le condujo por unos pasillos estrechos. El humo no era allí tan espeso. Vieron a miembros de la tripulación correr de un lado para otro, pero tan ocupados de cuidar de sus vidas que no les prestaron atención.

El primer ascensor que vieron estaba desencajado. Varios hombres yacían muertos junto a él. El siguiente estaba intacto y penetraron en la cabina.

Lauren pulsó el botón, al tiempo que parecía susurrar una oración.

Suspiraron cuando la cabina se puso en marcha.

—Tenemos que estar alerta cuando lleguemos. Es posible que el puente aún no esté inutilizado y lo use el Autarca para dirigir la batalla.

—Seguramente habrá escapado en su crucero.

—No es posible. Los primeros disparos estaban destinados a averiar las compuertas. Ninguna nave podrá salir de este monstruo de metal.

Las puertas se abrieron y entraron en el puente. La destrucción que

allí vieron les sobrecogió. Había cadáveres por todas partes, y aún persistían incendios en algunos rincones que hombres provistos con extintores trataban de controlar. El puente era enorme, y la mayor parte de sus aparatos estaban fuera de combate. Entre el humo blanco y gris que flotaba en la espesa atmósfera vieron al Autarca en el palco principal, gritando como un poseído, ladrando órdenes que pocas personas podían obedecer.

—Tenemos que encontrar un comunicador y avisar a Khumell —susurró Lauren.

—Aquí no parece haber nada que funcione —dijo Karl haciendo agachar a la chica cuando tres hombres pasaron cerca de ellos, corriendo.

Lauren indicó el palco donde estaba el Autarca.

—Allí hay varios y no parecen averiados.

Karl pensó que la muchacha era demasiado valiente o estaba loca. Pero la siguió cuando ella, levantándose, comenzó a dirigirse hacia el palco, ocultándose entre los grandes bloques de paneles chamuscados.

Cuando estaban a punto de alcanzar el palco, una nueva explosión conmocionó el transporte. Un huracán ígneo penetró en el puente. Se escucharon gritos de dolor de los que fueron alcanzados.

Mientras subían al palco, escucharon gritar al Autarca, exigiendo que el fuego fuera apagado. Apenas dos o tres hombres dirigieron sus extintores hacía la nueva amenaza.

Alguien dijo al Autarca que deberían abandonar el puente. Un disparo de Oromel le hizo callar.

—Suelte esa pistola, Oromel —le pidió Lauren, saltando sobre el palco en el que, aparte del Autarca, no había nadie más vivo.

Oromel pareció vacilar. Pero al final dejó caer la pistola sobre la baranda del palco. Quedose viendo cómo el fuego avanzaba y los pocos hombres que lo combatían arrojaban los extintores y corrían a ponerse a salvo saliendo del puente.

Karl vigiló al Autarca mientras Lauren buscaba en el caótico palco un comunicador en condiciones. Resopló cuando la chica comenzó a manipular en uno. Usó una banda amplia para que el mensaje fuera captado rápidamente por Khumell. Luego podrían usar una onda

privada para hablar sin ser interceptados.

Varios oficiales rebeldes discutieron con ella, negándose a ponerla en contacto con Khumell. Sospechaban que se trataba de una treta del enemigo para desorientarles.

Sudorosa, mirando de vez en cuando hacia el fuego que avanzaba, y estaba convirtiendo el puente en un infierno, Lauren recibió alborozada la noticia de que el general iba a hablar con ella.

—No puedo perder el tiempo —dijo la voz del general—. Dígame qué desea. Sé que está a bordo del transporte donde se halla Oromel.

—Es cierto. Y lo tenemos hecho prisionero. Soy un agente de la Federación. Es preciso que cese el fuego contra esta unidad.

—¿Está de broma? —los ojos de Khumell miraron por encima del hombro de Lauren hasta descubrir al Autarca—. Esta puede ser una estratagema de ese tirano para ganar tiempo. Lo siento por ustedes si dicen la verdad, pero tenemos que destruir completamente ese transporte. La oposición que nos ofrece el general Kurfion para impedirlo se está debilitando y lo conseguiremos en pocos minutos.

—Hay otras personas a bordo que fueron apresadas por el Autarca. Están aquí en contra de su voluntad, son inocentes.

—Lo siento por ellas. Está muriendo mucha gente inocente. Miles de soldados fueron embarcados en esta loca aventura sin desearlo. Mi deber es acabar cuanto antes con esta matanza — el general aspiró aire y añadió con gesto cansado—: Unicamente acabando con el Autarca, anunciando su muerte, cesará la lucha.

—Podemos entregárselo vivo, general. Le creerán más si lo muestra como su prisionero.

—Tiene razón, pero nada puede convencerme de que usted dice la verdad.

Lauren miró desesperadamente a Karl, que seguía, sin perder de vista al Autarca y al cada vez más próximo fuego. Se encogió de hombros, no sabiendo qué responder.

—Tiene que creerme, general —insistió Lauren—. A bordo está la nave con la taranita que esperaba recibir Oromel para consumar su victoria. Usted necesitará ese mineral para terminar de vencer a las fuerzas adictas del Autarca. Estoy segura de que está combatiendo con

las últimas reservas. Cuando conquiste el astropuerto, no podrá seguir combatiendo. Una simple división mandada por un aspirante a Autarca será suficiente para machacar sus fuerzas.

—Esa nave está vacía —gritó Oromel —. Los sucios mercaderes de la Tierra me engañaron.

—No es cierto, Khumell. No encontraron el mineral porque es la nave la que está construida de taranita —sonrió forzadamente Lauren —. Ese secreto lo desconocía Hennest y todo el mundo excepto la tripulación que yo maté y los mercaderes que concibieron la idea en la Tierra.

Transcurrieron unos tensos segundos. El general Khumell terminó asintiendo.

—Está bien. Me arriesgaré a hacerle caso. Me acaban de comunicar que Kurfion ha muerto y el resto de sus tropas se rinden. Tiene razón al decirme que después de este combate no podremos disparar un solo tiro si no renovamos nuestras reservas. En realidad, no tengo más remedio que creerla.

El general se retiró y regresó a la pantalla en seguida, diciendo:

—El fuego ha cesado. Iremos a hacernos cargo del tirano y...

Oromel lanzó un grito desgarrador, empujó a Karl y se arrojó por la baranda del palco. Se alzó del suelo cojeando como si se hubiera roto una pierna. El terrestre estuvo a punto de dispararle, pero al comprender lo que intentaba hacer lo dejó.

El Autarca de Wadel corrió como enloquecido hacia el fuego. Gritando, se sumergió en él.

Lauren se volvió para decir al general:

—Lo siento, general. Oromel ha muerto. Nos marcharnos del puente. El fuego avanza. Si querernos controlarlo y que no derrita toda la nave, tenemos que aislar esta sección y extraer el aire.

—Nos veremos dentro de poco.

Antes de cerrar la comunicación, Lauren dijo:

—Hangar 3. Allí le esperamos.

CAPITULO VIII

Para regresar al hangar tuvieron que dar un amplio rodeo. Sólo se entretuvieron en el puente de mandos el tiempo preciso para cerrar el nivel herméticamente y poner en funcionamiento el extractor del aire. El fuego se apagaría sólo en pocos minutos, una vez consumido el oxígeno.

El sordo ruido de las explosiones cada vez se escuchaba más lejos. Las escasas fuerzas del general Kurfion debían estar deponiendo las armas.

Al menos no sintieron que el transporte fuera alcanzado de nuevo durante todo el tiempo que emplearon en regresar al hangar,

Un pelotón de soldados, medio aturdidos aún intentaban acercarse a la nave carguero. Ante la llegada de Karl y Lauren, sorprendiéndolos por el flanco, optaron por retirarse. Sus deseos de combatir eran escasos.

Presentían la derrota.

Sus amigos los recibieron alborozados y Jara se arrojó a los brazos de Karl, recriminándole por haberla abandonado sin haberla advertido de su intención.

—Vamos, cariño; ya todo ha pasado.

Y Lauren contó lo sucedido.

—No pareces muy contenta —dijo Viejo Mateos mirándola fijamente.

—No puedo estarlo —sonrió ella—. Aún el peligro existe.

—Claro que sí. Aún pueden freímos aquí dentro.

—No me refiero a ese peligro —dijo Lauren mirando con desaliento a Karl.

—No entiendo...

La chica se acurrucó en el suelo, soltando el arma con rabia.

—Por .favor, déjame descansar un poco.

—¿Qué ¡e pasa? —pregunto Lan, vigilante junto a la entrada.

—No tardaremos en saberlo.

Dejaron que los minutos transcurrieran en silencio, siempre expectantes. Al cabo de media hora escucharon pisadas sonoras acercarse por una de las entradas del hangar.

Amartillaron las armas.

Un pelotón de soldados con armaduras se desplegó por el hangar. El humo se había disipado casi en su totalidad y los hombres y mujeres refugiados en el carguero observaron como un hombre con los distintivos de oficial en su pecho se acercó desarmado.

A pocos metros de la nave se quitó el casco y gritó:

—Soy el teniente Fister. Me envía el general Khumell para que les conduzca a su presencia. Mis hombres se harán cargo del mineral.

* * *

—Su historia, señores, es fantástica —admitió el general Khumell. Tenía ojeras profundas y desaliñado su uniforme, pero sus ojos relucían de satisfacción—. Ha sido una verdadera suerte que el comisionado de los mercaderes, Hennest, no supiera que el mineral de taranita estaba oculto entre los paneles de acero de la nave.

—Yo lo sabía, general —dijo Lauren—. Fue uno de los motivos que me obligaron a matar a los seis hombres. Supongo que en estos momentos se está desguazando la nave.

—Desde luego. Una de las ventajas de la taranita, aparte de ser un mineral fusionable y no radioactivo, es que una vez procesado está dispuesto a ser usado —resopló aliviado—. Y es justo a tiempo. Una importante flota, que estaba situada lejos de Pule II, se dirige hacia nosotros. Sus jefes no nos han creído y siguen pensando que el Autarca continúa vivo.

—Era una esperanza, pero no ha sido así. De todas formas confío que desistirán de sus intenciones cuando comprueben que les oponemos resistencia, ya que han llegado a la conclusión que estarnos sin energía después de la lucha por la posesión del astropuerto.

»E1 planeta está totalmente en nuestro poder y hemos emitido un mensaje a la población nativa asegurándoles que tan pronto concluyan las operaciones nos marcharemos dejándoles en paz.

—Supongo que también han enviado un mensaje idéntico a Pule I —dijo Lauren.

—Sí; pero no hemos obtenido la respuesta. Pienso que Dama Leara y sus consejeros no han tomado en serio el mensaje, han pensado que se trata de una estratagema. Pero el tiempo les convencerá. Sobre todo cuando nos vean retirarnos a Wadel. Entonces, espero, se sentarán con el nuevo gobierno democrático a negociar un tratado de paz.

Lauren movió la cabeza de un lado a otro. Todos la miraron, la agente de la Federación no parecía muy entusiasmada.

El general la observó intrigado.

—¿Qué le sucede, señorita?

—El mayor peligro ahora no es la flota que se mantiene fiel al fallecido Autarca.

—No entiendo...

—Esa flota terminará rindiéndose, estoy segura. Pero, precisamente, ese movimiento de acercamiento a Pule II puede ser equívocamente interpretado por Pule I.

—Por favor, explícate —pidió Karl.

En el despacho que usaba Khumell en forma provisional para dirigir las operaciones, una sección del edificio administrativo, del astropuerto, se hizo un total silencio.

—Pule I atacará este planeta apenas piense que la flota invasora de Wadel está en camino.

—Pero la flota se dirige hacia aquí, no hacia Pule I. Y será detenida, se lo puedo asegurar —insistió el general.

—Es posible, pero en Pule I se detectará el movimiento, y antes de que comprueben que la flota no rebasará la órbita de este planeta, habrán puesto en acción los misiles.

—¿Qué misiles? ¿A qué se refiere?

—Pule I cuenta con una cantidad de misiles suficientes, imposibles de interceptar, capaces de convertir a este inundo en un desierto durante muchos siglos. Es la única arma que la Federación les ha entregado para defenderse de un ataque de Wadel.

—¿Qué pretende la Federación? —preguntó Karl—. Parece tener un plan muy concreto para...

—Exacto, Karl. Tienes razón en lo que estás pensando —-asintió Lauren—. La Federación no podía consentir que Pule II cayera en poder del Autarca.

—Han de existir unos motivos importantes ...

—Existen. En este planeta están las reservas más importantes de taranita de la Galaxia. Además de perder el monopolio, la Federación tendría un enemigo muy poderoso en Wadel, al disponer este planeta de reservas incalculables de taranita. En pocos años sería más fuerte que la misma Federación.

—Y contaminando este planeta harían impracticable la extracción del mineral durante muchos siglos, ¿no es así? —dijo el general.

—Sencillamente, sí.

— ¿Qué haría la Federación continuando Pule II hermanado a su otro planeta orbital, con un gobierno libre, dispuesto a explotar los yacimientos y vender taranita a todos los mundos? —preguntó Khumell.

Lauren bajó la mirada.

—No lo sé exactamente, pero puedo figurármelo. A la Federación le interesa, sea cual sea el final de la guerra, que estos yacimientos nunca se exploten.

Karl colocó sus manos sobre los hombros de Lauren. Preguntó:

—¿Por qué nos cuentas esto?

Ella alzó la cabeza, parecía intimidada y avergonzada.

—Aunque a los agentes secretos nos preparan durante nuestra instrucción a no pensar por nuestra cuenta, a veces nos rebelamos contra las órdenes de nuestros superiores, cuando las estimamos crueles. No es justo lo que la Federación pretende. La guerra ha

terminado y es horrendo que este planeta tenga que ser sumergido en la destrucción. Esos misiles no deben partir de Pule i.

—¿Qué podernos hacer para impedirlo?

* * *

—Embajador, le he mandado llamar porque la situación se ha agravado —dijo roncamente Dama Leara.

Latme asintió y esperó a que la mujer continuase hablando.

—Hemos comprobado que una importante flota situada a varios millones de kilómetros de Pule II se ha puesto en movimiento. Nuestro mando militar presume que intentará reunirse con las unidades destacadas en nuestro planeta hermano, para luego dirigirse todas hacia nosotros —después de una breve pausa, Dama Leara agregó—: al parecer, el tirano Oromel ha conseguido disponer de la energía suficiente para lanzarse al ataque definitivo.

—Se rumorea que el Autarca ha muerto víctima de una revuelta —dijo el embajador.

—Me molesta que el mensaje que hemos recibido, y firmado por el general Khumell, haya llegado a sus oídos. Nuestros medios de seguridad no parecen ser muy eficaces.

—Y también sé que ni usted ni sus consejeros lo han creído.

—Puede ser una trampa.

—Pero existe una fuerte oposición en los ejércitos wadelitas contra la política del Autarca. ¿Por qué no puede ser cierto?

—Tal vez sería demasiado hermoso. En el mensaje nos aseguran que Pule II será liberado y desean entablar con nosotros negociaciones de paz apenas se establezca un nuevo gobierno en Wadel.

—Atractiva idea.

—Comenzaba a dar crédito al mensaje cuando me anunciaron que la flota enemiga se había puesto eh movimiento. Eso lo contradice.

—¿Qué piensa hacer ahora?

—Mis consejeros militares, que son ahora los que tienen más peso de todos, me piden que no confíe. Sólo nos queda una alternativa.

Latme se agarró con fuerza a los brazos de su sillón.

—Los misiles —dijo.

—Sí. Todavía estamos a tiempo de usarlos. Estratégicamente, si nos anticipamos y destruimos Pule II antes de que la flota se ponga en marcha, el enemigo nos temerá y desistirá del ataque.

El embajador cerró los ojos. Era, exactamente, lo que sus superiores querían que sucediera. Pero, ¿por qué? No se habían confiado con él demasiado. Sólo sabía que los misiles habían sido puestos a disposición de Pule I para que el otro planeta que compartía la misma órbita, fuera inhabitable durante muchos siglos, y, además, la guerra concluiría en tablas. Wadel perdería el granero que precisaba. Y también Pule I estaría en dificultades para poder alimentar su numerosa población, al carecer de los alimentos que producía Pule II.

En todas las guerras pierde la mayoría, pero siempre queda una minoría que sale triunfante.

Y, por supuesto, la Federación ganaría al final.

—¿Por qué me lo cuenta? —preguntó el embajador con un hilo de voz.

—La situación existente hubiera justificado cualquier acto, embajador. Incluso el que le torturara para hacerle hablar o llenarle de drogas para que me dijera la verdad, aunque destruyera su cerebro.

—Mi inmunidad…

—Al diablo su inmunidad. ¿Qué puede importarme en estos momentos su inmunidad? Pero sé que su mente está condicionada síquicamente para no decir lo que a mí me interesa saber. Y esto suponiendo que usted lo sepa todo. Oh, no tema. No pienso hacer nada de ello.

—No entiendo…

Dama Leara levantó una sección de su mesa de trabajo. Mostró al embajador un botón rojo, explicando:

—Todo está dispuesto para que los misiles sean disparados. Yo tengo que hacerlo desde aquí. Saldrán de Pule I y a dos millones de kilómetros penetrarán en el hiperespacio. Diez segundos más tarde se materializarán a escasa distancia de Pule II, y caerán sobre él, acabando con un hermoso planeta y muchos millones de nuestros hermanos.

—Es cruel hacerme presenciarlo.

—No diga sandeces —dijo Dama Leara con asco—. En menos de una hora habremos destruido un mundo. ¿Tiene algo que decir, embajador, que me impida apretar este botón? —preguntó la mujer, acercando la mano al reluciente disco rojo.

Latme empezó a sudar.

—Ojalá pudiera impedirlo. Pero no puedo decirle nada. Lo siento.

Dama Leara entornó los ojos.

—Creo que dice la verdad. No es usted un mal hombre, quizá demasiado decente para 'ser embajador en un mundo en guerra.

—¿De verdad no hay nada que le impida disparar los misiles?

—No. Se han barajado todas las posibilidades. Aunque más tarde lo pacemos mal, e incluso hambre, no puedo arriesgar la seguridad de los miles de millones de seres que viven en este planeta.

El embajador asintió y con los ojos muy abiertos siguió mirando cómo la mujer acercaba su mano al botón.

* * *

El general Khumell recibió el informe. El papel escapó de entre sus dedos y luego agachó la cabeza.

—Con tiempo habríamos impedido tantas muertes — dijo. Luego miró a las personas que seguían acompañándole.

—Todavía no estamos seguros si habrá servido de algo —murmuró el teniente Fister, que le había pasado la comunicación. No parecía muy complacido—. Un tercio de la flota que se aproximaba a Pule ha sido aniquilada. Han sido muchas las bajas. En estos momentos los misiles pueden estar en camino.

—Esos hombres estaban casi convencidos de que el Autarca había, muerto, y a punto de solicitar la rendición, sometiéndose a las nuevas autoridades de Wadel —dijo con voz quebrada el general.

—Pero habría que convencer a Pule I de que es cierto que, la guerra ha terminado —dijo Viejo Mateos, muy grave.

—No es preciso que me lo recuerde. De todas formas han muerto demasiadas personas, aunque las bajas habrían sido mayores de llegar los misiles a Pule II, y no sólo de nativos, sino también de nuestros compatriotas.

—La flota ha obedecido, señor —dijo el teniente—. Según nuestras instrucciones, se aleja de este planeta. La aparente maniobra de reunión con nuestras fuerzas es ahora inviable.

—Si esto no convence a los pulenianos de nuestras verdaderas intenciones... —masculló el general.

Sólo cuando, minutos más tarde, entró un ayudante con un nuevo mensaje, el rostro del general perdió un poco de la intensa palidez.

Mirando a los hombres y mujeres, dijo:

—Pule I cree en la muerte del Autarca y en nuestra retirada. Está de acuerdo con iniciar conversaciones para allanar las últimas asperezas —sonrió dolorosamente—. No creo que sean muy exigentes con las reparaciones de guerra cuando se vean dueños otra vez de este planeta y sus fabulosas riquezas

EPILOGO

—Han hecho por nosotros demasiado —dijo Dama Leara—, si se analizan los acontecimientos, ustedes han sido los artífices de que la guerra no se haya cobrado más dolor y víctimas.

Viejo Mateos carraspeó. Se anticipó a Karl en responder por todos.

—Era nuestro deber, señora.

—Me gustaría hacer algo por ustedes —sonrió la mujer.

—Bueno, el sistema Magna será un lugar muy próspero en la Galaxia. Me gustaría trabajar aquí. Cuando la taranita comience a ser producida y vendida a todos los planetas, se precisarán muchas naves para su transporte. ¿Sería posible conseguir la concesión de unas estelares?

Jara crispó las manos y dijo algo corno que aquél no era el momento de pedir privilegios. Pero Dama Leara la calmó, diciendo:

—Es buena idea. Pero nada de exclusivas. Tendrán que trabajar duro, con una competencia lícita contra la que luchar.

—No pretendíamos otra cosa mi socio y yo —rió Mateos—. Porque mi yerno y yo vamos a formar una nueva compañía.-Con él y colaboradores corno Lan y Perro no tendremos rivales. En pocos años, dispondremos de docenas de naves...

Se despidieron todos de la presidenta de los mundos de Pule y salieron al pasillo, en donde esperarían a Lauren.

Jara volvió a recriminarle a su padre lo que ella consideraba corno una impertinencia.

—Mira, muchachita, en todo este asumo he perdido mucho dinero. Es hora de que gane algo. Además, no olvides que tú y Karl formaréis una familia y eso ocasiona gastos. Además, ¿qué os parece un descanso en el lugar donde queráis para pasar vuestra luna de miel?

Jara puso los brazos en jarras.

—¿Es una promesa?

—Yo nunca me echo atrás.

—Entonces deseamos ir a la Tierra. Karl es de allí. Hace unos días me prometió, cuando aún pensaba en quedarse para él el «Aries», una estancia allí.

—¡Es un viaje muy costoso!

—Demonios, querido suegro —intervino Karl, divertido—. Cuando volvamos tendremos mucho trabajo poniendo en funcionamiento la nueva compañía. ¿Le gusta el nombre de Manet y Keller, Transportes

de Taranita, S.L.?

—Será Keller y Manet —protestó el viejo—. Y no admito discusión. Podéis marcharos cuanto antes. Lan me ayudará en los preparativos. Si es verdad que antes de seis meses comenzarán a extraer mineral de Pule II, quiero entonces disponer ya de diez cargueros. No creo que tenga dificultades en obtener los créditos para su adquisición.

En aquel momento salió Lauren del despacho de la presidenta. Le preguntaron de qué habían hablado.

—Esa mujer es estupenda —sonrió Lauren—. Y no tiene un pelo de tonta. Ha comprendido mi situación, que no podré volver a la Tierra, porque la Federación puede sospechar que por mi culpa ha terminado el monopolio que ostentaba respecto a la taranita. Me va a otorgar la ciudadanía puleniana y podré vivir aquí o en el otro Pule.

—Temí que la Federación reaccionara de forma más violenta al conocer que sus privilegios habían terminado —dijo Karl—. Será un trago para ella, pero tiene que aceptar las consecuencias. La noticia de la existencia de taranita en ingentes cantidades ha sido propagada por la Galaxia, y la Federación no puede enfrentarse a todos los planetas adheridos a ella o no —dijo Lauren—, Repito que Dama Leara es una hábil política. Una vez que las cosas se han calmado en Wadel, ha prometido a ese planeta que no exigirá reparaciones por los daños causados. Los muertos procurarán ser olvidados e incluso prestarán ayuda económica y proveerán de comida de Pule ÍI y suficiente taranita para que en Wadel olviden sus sueños de expansión.

Lauren estrechó las manos de Jara y Karl.

—Ha sido maravilloso conoceros.

Lan carraspeó y tomó a la chica por la cintura. Mirando a Viejo Mateos, le dijo:

—Jefe, yo también quiero un permiso. Lauren y yo nos hemos compenetrado y deseamos un descanso.

—¿Es que todo el mundo va a dejarme solo, ahora que puedo empezar a ganar dinero de verdad? ¡Hay mucho trabajo para un hombre solo!

Perro le tocó en el hombro.

—Jefe, aún quedo yo.

—¡Vaya ayuda! La de un humanoide loco. Debería haberte despedido cuando decidiste unirte a Karl, abandonándome.

Perro abrió una enorme boca, asombrado.

—Eli, soy yo a quien le parece que los locos son los humanos.

Mateos abatió los hombros.

—Está bien. Me conformaré con tu ayuda, hasta que éstos —señaló a las dos parejas— decidan dejarse de carantoñas y empezar a trabajar.

—Bueno, yo puedo esperar a que regresen. Entonces seré quien se marche. Recuerde que no disfruto de vacaciones desde hace un montón de tiempo.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Mateos intrigado.

—Si continúo viviendo entre humanos, me volveré un paranoico insoportable. Así, solicitaré a mi mundo en Saco de Carbón una hembra que me ayude a soportarlos.

* * *

—Ha sido muy amable al recibirme, Dama Leara —dijo el embajador Latme.

Dama Leara suspiró:

—Estarnos forzados a convivir pacíficamente, embajador.

Y ahora, más que nunca, es preciso limar asperezas. La Federación , durante mucho tiempo, nos mirará con recelos. Es nuestro deber que retorne la amistad en nuestras relaciones.

—Lo conseguirá, Dama Leara. ¿Puedo decirle que me alegro mucho que le informaran que las fuerzas rebeldes de Pule II estaban atacando la flota que se suponía venía a invadir este planeta?

—Ya lo ha dicho —rió la mujer—. Pero sé que es sincero. Me temo

que la culminación de todo esto le ha costado el puesto, que sus superiores no están muy satisfechos con su labor.

—Aún no lo sé —sonrió Latme—. Pero lo más que pueden hacerme es enviarme a un oscuro planeta atrasado. De todas formas, repito, me satisface que los misiles no llegaran a ser disparados.

—Y ya han sido destruidos.

—¿Por qué?

—Wadel necesitaba una prueba de nuestras buenas intenciones. Aunque allí se evitó la guerra civil y el nuevo gobierno parece contentar a todos, debernos andarnos con mucho tacto por algún tiempo. Sólo los acontecimientos convencerán a Wadel que sólo queremos ser buenos vecinos. En Magna puede reinar la paz durante mucho tiempo.

Latme estrechó con fuerza la mano de la presidenta.

—Usted lo conseguirá. Suerte, señora.

Se retiró saludando con una inclinación de cabeza.

A solas, Leara se permitió un prolongado suspiro. Reclinó la cabeza sobre el sillón. Estaba cansada, pero aún quedaba mucho trabajo pendiente. La voz de su secretario la sacó de los pensamientos.

—Señora, la delegación de reconstrucción de Pule II solicita ser recibida.

—Que pase —dijo Darna Leara resueltamente.

FIN